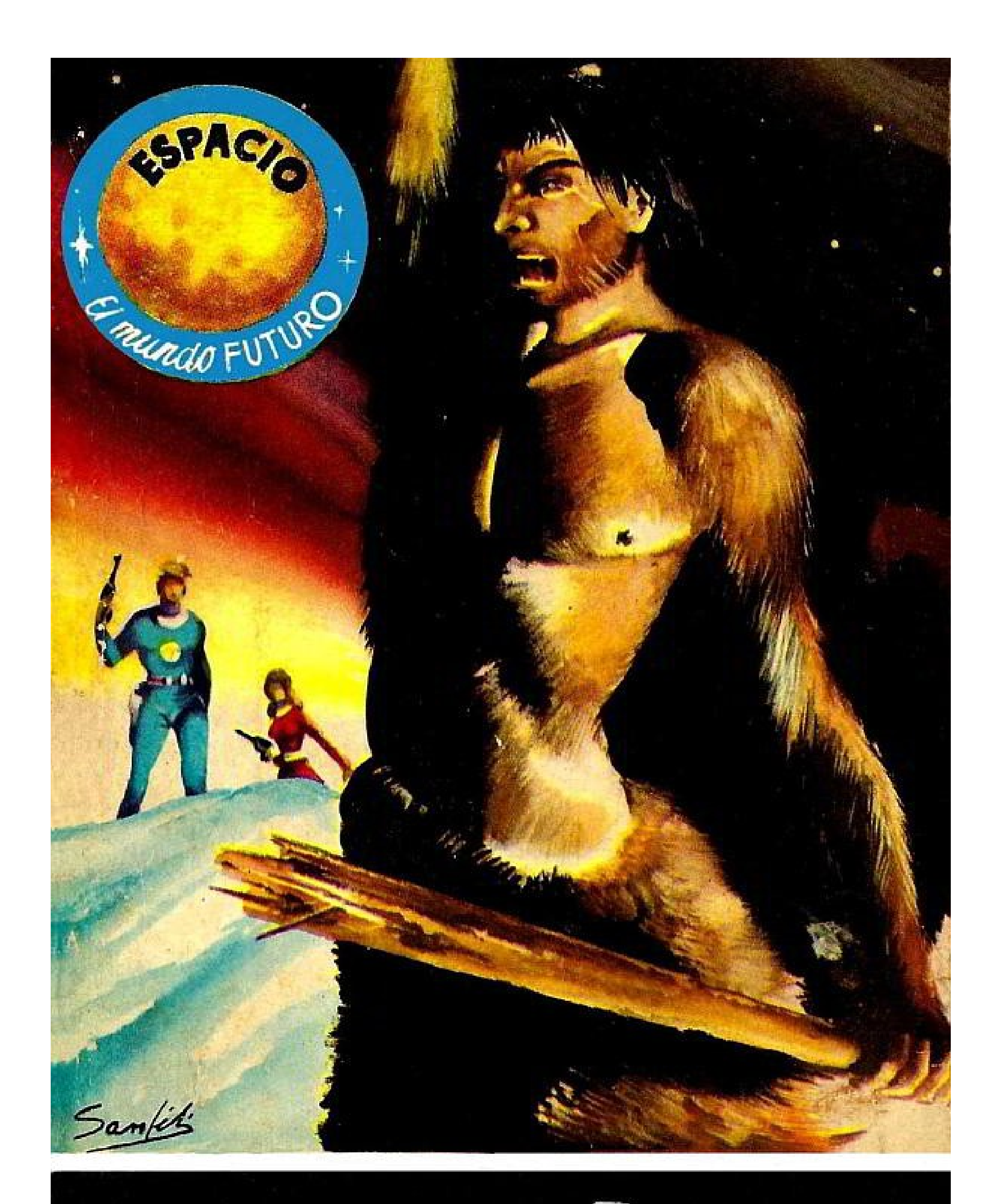



# JIM, DE JÚPITER

JOHNNY GARLAND

El silencio de la noche se interrumpió bruscamente.

Fueron pasos rápidos, huecos, precipitados, por las desiertas y silenciosas calles de Centrópolis. Unas botas taconearon sobre la calzada de terso asfalto, despertando ecos sonoros al saltar y correr por encima de las amplias aceras metálicas.

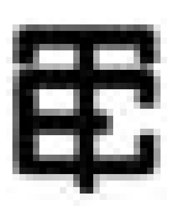
—¡Ha escapado por esa calle! —Sonó una voz, bruscamente, a espaldas de los veloces pasos fugitivos—. ¡Por la Vía Noventa y Nueve! ¡Cazadlo! ¡Os va en ello la cabeza!




Johnny Garland

# Jim, de Júpiter

## Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 210



**ePub r1.0**

LDS 21.12.18

Título original: *Jim, de Júpiter*
Johnny Garland, 1960
Cubierta: Sanfili
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




JIM DE JUPITER

## CAPÍTULO PRIMERO

### EL FUGITIVO



lap, clap, clap…!

El silencio de la noche se interrumpió bruscamente.

Fueron pasos rápidos, huecos, precipitados, por las desiertas y silenciosas calles de Centrópolis. Unas botas taconearon sobre la calzada de terso asfalto, despertando ecos sonoros al saltar y correr por encima de las amplias aceras metálicas.

—¡Ha escapado por esa calle! —Sonó una voz, bruscamente, a espaldas de los veloces pasos fugitivos—. ¡Por la Vía Noventa y Nueve! ¡Cazadlo! ¡Os va en ello la cabeza!

Otros pasos, más silenciosos y tan rápidos como los anteriores, sonaron blandamente en persecución del que huía. Penetraron por la desierta Vía Noventa y Nueve.

Las rutas de Centrópolis eran largas, rectas, metálicas y frías. Como la ciudad, como el mundo mismo en que se erguía la gran

urbe, auténtico centro y corazón de los nuevos Estados Terrestres.

Así, seguir a un fugitivo no era difícil. Nada difícil para los soldados de blancas botas, uniforme negro y triángulo blanco sobre el pecho. De cascos negros y blancas capas cortas, que flotaban como fantasmas a sus espaldas, con la velocidad de la carrera. Las esponjosas suelas de su calzado blanco no producían ruido. En cambio, las botas reglamentarias, obligadas, de los ciudadanos civiles, si producían estrépito. Un estrépito fácilmente identificable por los registros ultrasónicos de la ciudad.

Y esos registros estaban ya en marcha. El fugitivo lo sabía. Sudoroso, jadeante, se paró en un quicio, milagrosamente situado dentro de la calle desierta. Por su rostro corría el pegajoso goteo de su transpiración.

Sus ojos azules, duros y fríos, estudiaron toda la longitud de la Vía 99. Respiraba entrecortadamente. Contó las figuras negras y blancas de los soldados de la Seguridad Nacional.

Eran seis. Su jefe, un sargento de bruñido casco blanco. En la distancia sólo se distinguía a oficiales y soldados por el color de su metálico casco hemiesférico.

Apretó los labios, furioso. No había escapatoria. Nunca la había para ningún rebelde, para ningún inadaptado. Empuñó con ira su pistola. Pero no podía olvidar que solamente le quedaban dos cargas.

Después… el final de la contienda no admitía muchas dudas. Miró hacia el otro extremo de la calle, buscando una posible fuga por la Vía 100. Pero era imposible. Acababa de surgir una forma grande, pesada y sólida.

De forma ovoide, oscura y maciza. Se deslizaba silenciosamente sobre el asfalto terso y gris. De repente, proyectó una torreta hacia el exterior, y de ella brotó un chorro de luz que barrió la calle.

El fugitivo dilató sus ojos febriles. El super-tanque era invencible. No podía buscarse la fuga por aquel lado. Resueltamente, miró a los soldados que se movían hacia él.

Avanzó decidido hacia el pelotón de Seguridad Nacional.

—¡Allí! —voceó el oficial—. ¡Viene hacia nosotros! ¡Está acorralado por el tanque, y pretenderá escapar por aquí! ¡Disparad si se resiste a entregarse!

El fugitivo corría hacia ellos, en efecto. Los soldados formaron

línea, cerrando la calle. El sargento gritó:

—¡Alto! ¡James Raymond, date preso o…! ¡Auuugh!

El oficial se llevó las manos al rostro, cuando la llamarada azul del arma térmica del adversario se proyectó desde la pistola hasta él. Le abrasó la piel del rostro, y le derribó, con gritos guturales, rodando por el asfalto.

Los soldados alzaron sus armas hacia el luchador solitario. Éste se había quedado como clavado en tierra, con las piernas musculosas, largas y flexibles, muy abiertas.

De repente, seis armas proyectadas hacia él, seis rifles desintegradores, cualquiera de los cuales bastaba para aniquilarle con un solo impacto de sus proyectiles nucleares, dispararon sus lenguas flamígeras, sibilantes y sordas, concentrándose el mortífero fuego de la patrulla sobre la alta y atlética figura del hombre rebelde.

Fue un séxtuple haz llameante, cegador…, que silbó, como un chorro de muerte luminosa, sobre el cuerpo elástico, felino, del solitario luchador. Éste, con un salto prodigioso, increíble, había saltado en una zambullida lateral, casi a ras del suelo, y el fuego mortífero pasó sobre él.

Sabía que requería algún tiempo recargar aquellas armas. El fusil nuclear era un elemento de combate contundente. Pero precisaba un cambio de palanca para recargarlo cusa a lo sumo de tres segundos.

Él necesitaba menos tiempo. Pegado al suelo, alzó el rostro. Sus ojos duros, helados, miraron a los soldados de uniforme blanco y negro, alineados ante él. Se le había caído el gorro metálico, en forma de capuchón, hacia atrás. Su cabello se mostró dorado, revuelto, sobre una cara pétrea e implacable.

Alzó su pistola y disparó. El fuego térmico chispeó en forma escalofriante, al derramarse sobre dos de los hombres. Una miríada de chispas azules acusó su abrasador impacto en las piernas y costados de dos soldados, que cayeron al suelo, retorciéndose de dolor, y sintiendo cómo sus tejidos se derretían, convertidos en auténtico fuego líquido.

Solamente cuatro soldados quedaron ante el luchador de agilidad felina. Éste vio bajar los cuatro fusiles nucleares hacia él. Ahora no parecía haber escapatoria.

Durante un fugaz segundo, James Raymond, el rebelde acosado y perseguido, pensó en lo liberadora que podía ser a veces la misma muerte. Porque valía más morir que sufrir la esclavitud. Era preferible entregar la vida a la libertad.

Había luchado por ello. Por morir o ser libre. Si había que continuar allí, bajo la dictadura terrible de Xankoh-Tzar, sometido a sus leyes tiránicas, a su mundo uniforme, controlado y rígido, donde la acción, la idea y los sentimientos eran dominados por el Gran Gobierno de la Tierra, desde hacía más de diez años, entonces era preferible esto; morir, dejar de ser, de existir, de pensar… y de sufrir.

—Adiós, querido mundo —musitó entre dientes—. Ahora nos encontraremos, Aania…

Y se dispuso a morir, arrojando despectivamente su pistola vacía, sin cargas.

Entonces, cuando cerraba los ojos, una voz metálica, hueca, irreal, llenó la calle de ecos extraños, alucinantes:

—No, soldados. ¡Esperad! ¡No matéis al rebelde! Ha de vivir… Tiene que vivir… ¡por orden del Gran Gobierno! ¡Capturadle… vivo!

—¡Noo! —aulló James Raymond, irguiéndose de un brinco furioso—. ¡Eso no!

Horrorizado, imaginó lo que planeaban. Las torturas y refinamientos de los verdugos del dictador eran terribles. Nadie había salido vivo jamás de las mazmorras de la Fortaleza de Acero, allá en las colinas.

Era mil veces preferible la muerte. Una muerte que pretendían negarle…

Los cuatro soldados se abalanzaron sobre él, bajando sus rifles nucleares, que esgrimieron ahora a guisa de armas contundentes, como un primitivo sistema de lucha, que parecía impropio de los avances mecánicos y técnicos del Siglo XXII.

Pero de esa forma, todavía le era posible luchar también a él. A sus espaldas, el avance lento pero sigiloso del tanque ovoide, era perceptible. De él, de su torre de control, había llegado aquella voz, difundida por altavoces potentes y claros.

Raymond, plantado en medio de la calle, vio venir a los soldados sobre él. Saltó de costado, y machacó con un puñetazo contundente

la nuca del que pasó junto a él como una bala. Le vio doblarse, gemir roncamente y caer a tierra, perdiendo su casco, que rebotó sobre el asfalto.

Los otros tres se abalanzaron sobre el feroz luchador solitario. Éste, sin vacilar, les esperó a pie firme. Extendió sus dos musculosas manos de titán, como dos tenazas de acero, y aferró entre ellas los cuellos de sus enemigos. Éstos alzaron los rifles para golpearle con sus culatas de metal. Pero antes de que lograran nada, sus cabezas chocaron como dos frutos maduros, crujiendo siniestramente ante el impacto. Cuando les soltó, rodaron como muñecos inanimados.

Solamente quedaba un soldado en pie, que miró con terror al enemigo invencible. Tiró el fusil lejos de sí, y empuñó velozmente un cuchillo magnético. Era un arma punzante, como una aguja de no más de media pulgada de espesor y mango aislante.

En cuanto tocaba a alguien, le producía una absoluta inconsciencia, a causa de la fuerte carga eléctrica que propagaba a sus nervios y músculos.

Raymond sabía lo peligroso de aquel arma. Cuando le tiró el primer tajo, saltó hacia atrás. Extendió las manos hacia tierra, donde había un fusil nuclear abandonado por los soldados abatidos, y lo aferró.

El soldado armado del cuchillo magnético le iba acorralando hacia una pared. Él subió de un brinco a la acera. El soldado sonrió cruelmente. Era un gigantón sólido y poderoso, que hinchaba su uniforme blanquinegro con el tremendo manojo muscular de su cuerpo.

Le soltó otra cuchillada, riendo. Ahora sabía que al menor contacto, Raymond estaba perdido, porque el suelo metalizado le paralizaría totalmente, por la potencia de la descarga.

Pero él también lo sabía. Y no le tocó el nuevo impacto, pasando sibilante, junto a su brazo el afilado extremo del arma magnética. A su vez, Raymond hizo algo que no esperaba el soldado.

Y fue lanzar el fusil contra su cuchillo, con todas sus fuerzas, cuidando de soltarlo rápidamente, antes de que hiciera contacto con el arma.

Chisporroteó el puñal, al rozar el metal del arma, y el soldado, atemorizado instintivamente, lo soltó. Volvió a levantar azuladas chispas cuando golpeó el suelo de metal.

Raymond, esperando ese golpe sobre el metal, que podía transmitirle la corriente, había brincado, ahora sobre la calzada de cemento. Y cayendo como una catapulta sobre el soldado, le machacó el rostro, derribándolo aparatosamente.

En ese preciso instante, se percibió rumor dé pasos esponjosos por el final de la calle. Y voces guturales de mando. Raymond tensó sus músculos, jadeante.

¡Nuevos refuerzos contra él! Venían más soldados, acaso diez o doce bien armados. Y la orden era tajante: ¡Cazarle vivo!

Estiró los dedos, cogiendo un rifle nuclear. Tendrían que matarle. O él acabaría con todos los adversarios que se pusieran a tiro de su arma automática.

Nuevas figuras blanquinegras, de flotantes capas cortas a su espalda y negros cascos, en los que fulguraban las insignias azules del «Ejército Tierra», aparecieron al final de la calle, capitaneadas por tres militares de casco blanco e insignias rojas de oficiales.

Raymond alzó su fusil nuclear, dispuesto a barrer el mayor número posible de enemigos, antes de ser inevitablemente arrollado por las poderosas fuerzas contra las que se enfrentaba.

De repente volvió la mirada atrás. Casi había olvidado, en el ardor de la lucha, la ominosa presencia del negro tanque ovoide, con su torre de control escudriñando las tinieblas de la calle.

Fue como un sexto sentido. Porque ahora, ese haz de luz blanca, cegadora, cayó sobre él, inundó su figura, desde lo alto de la torreta del tanque deslizante, que era como una oruga abominable y metálica.

Raymond alzó el arma contra el artefacto. Pero era como un pigmeo enfrentado a un coloso, La luz siguió sobre él, obligándole a cerrar los ojos. De repente, siseó algo. Un zumbido metálico, estremecedor y monocorde, invadió la calle. Un nuevo haz luminoso, ahora color violeta, fosforescente, cayó encima de Raymond. Todo él pareció iluminarse con la extraña luz morada, vibró, igual que si trepidara su cuerpo, soltó el rifle atómico… y se quedó inmóvil.

En pie, pero rígido, paralizados por completo sus nervios y músculos, transformado en una estatua de carne, incapaz de mover ni siquiera los ojos, aunque él, en su interior, conservaba plena consciencia mental. Sin embargo, no podía ordenar movimientos a

sus miembros, ni éstos le hubieran obedecido, de haberlo hecho.

El rayo paralizador, de las tropas de Seguridad de Xankoh-Tzar había sido una vez más de total eficacia. Como acorchado, el cuerpo de James Raymond no era sino una forma rígida, erguida en la acera, cuando llegaron cerca de él los soldados.

De nuevo la orden sorda, hueca, repetida por los ecos metálicos de los ocultos altavoces del tanque negro, llegó hasta la patrulla recién aparecida:

—No lo matéis. Llevadlo prisionero al Edificio Central. Es un rebelde al que está destinada una suerte mil veces peor que la misma muerte…

Los soldados obedecieron, cargando con él. Le sacaron, como si fuera un muerto, rígido e inmóvil, de la Vía 99. En la Vía 92 esperaban tres automóviles de suspensión aérea magnética, con los emblemas de la Fuerza de Seguridad sobre el mapa mundial en bruñido azul. La gigantesca letra T roja, símbolo de la Tierra, ondeaba en sus banderines de las aletas de popa. Cargaron al fugitivo. Poco después partían hacia el centro mismo de la enorme, fabulosa ciudad gris y azul, cruzada por el serpenteo metálico de millares de aeropistas y turbo-rutas.

Allí, sobre una colosal plataforma de más de cien pisos, todos ellos destinados a cuarteles de las numerosas fuerzas militares terrestres, y cuyos balconajes rectilíneos y bruñidos asomaban por encima de los rectángulos verdes de los jardines artificiales, se alzaba la forma extraña, esférica, apoyada sobre cuatro esferas que a su vez formaban como unos grandes pies o soportes del Edificio Central del Poder.

Eran esferas de aspecto opalescente, vidrioso. Parecían frágiles, capaces de ser vulneradas por cualquiera. Pero eso solamente un loco o un ignorante lo hubiera pensado.

En realidad, estaban formadas por un nuevo metal plastificado e invulnerable a toda arma humana. Un metal que, después de descubierto por un científico, había sido celosamente guardado en secreto por el dictador, para su único y exclusivo uso.

Jamás volvió a aparecer el científico. Se dijo que en premio a sus servicios el dictador le había donado el gobierno de una Colonia terrestre en la Luna. Pero eso nadie lo podía confirmar. Muchos eran las que pensaban que el infortunado inventor yacía en los

pantanos, donde eran sepultados aquellos que molestaban al Gobierno terrestre.

Pero nadie se hubiera atrevido, naturalmente, a decirlo en voz alta.

En aquel edificio temido y poderoso fue introducido el cuerpo sin movimientos cíe James Raymond, el fugitivo rebelde capturado aquella noche del verano de 2167, año de la Era Cristiana.

Y el que entraba allí, escoltado por una fuerza militar, jamás volvía a salir a la vida ni a la libertad…

## CAPÍTULO II

### DESTIERRO



os acusados, pónganse en pie.

La orden la emitían altavoces metálicos. En la sala desierta, a excepción de diez personas, no había jueces, abogados ni fiscales. Pero todos sabían que era la voz del Magistrado Número Uno de la Tierra la que hablaba ahora.

—Va a ser leída la sentencia de este Alto Tribunal de la Tierra —prosiguió la voz.

Hubo un silencio, durante el cual sólo llegó por los altavoces el crujido de papel que debía de estar leyendo el Juez. El de su sentencia, definitiva. Los cinco se miraron entre sí, en la Sala de Juicios.

Así eran los procesos. Jueces, abogados y fiscales, testigos de toda clase de personal, excepto los condenados y su escolta armada,

ocupaban una sala distante. Un sistema de televisión permitía ver a los presos. Ellos, por su parte, no podían ver nada, salvo las rejillas de los altavoces, que traían el sonido de las voces lejanas, y el objetivo de la cámara televisora, incrustado en el muro metálico y liso, ante ellos.

Así, la Máquina Judicial de los nuevos listados Terrestres constituía una implacable, fría y despiadada forma de juzgar y sentenciar, sin posibilidades apenas para los reos, cuyas protestas eran cortadas de los altavoces, cuando así lo consideraba oportuno el Tribunal.

—James Raymond… Dhrak Stanton… Krakow Yarl… Bradford Lowe… y Mara Tunball. Habéis sido declarados por este Tribunal culpables del delito de alta traición y rebeldía contra el Gobierno de la Tierra, y, por ello, condenados a la pena más alta prevista por la Justicia de vuestro mundo.

Se miraron los cinco. Luego, las miradas de los cuatro hombres convergieron en la única mujer del grupo, en Mara Tunball. Ella sonrió con tristeza, pero animosamente. Era una mujer muy bella. Y muy joven. Bajo la melena roja, el rostro ovalado, terso, delicado y hermoso, tenía una leve palidez ahora, al saber que no cabía la menor esperanza.

—El pantano… —jadeó Dhrak Stanton, el alto, moreno y bronceado muchacho de ojos verdes y musculoso torso, inclinando la cabeza—. ¡Dios mío, es horrible…!

—Tened valor —dijo sencillamente la mujer con voz suave, hinchando su firme busto bajo la tela de un azul brillante. Demostrad a esos cerdos cómo mueren los que aman la libertad y tienen fe en una justicia mejor.

—Callad, y dejad que este Tribunal termine la lectura de la sentencia —ordenó la voz de la rejilla metálica ásperamente—. Todos sabéis cuál es la pena mortal en la Tierra. Los pantanos negros están esperando sus presas humanas, para deleite de los cefalópodos carnívoros. Pero en cuanto a vosotros, y por decisión especial del gran Xankoh-Tzar…

—Parece que nos reservan novedades —comentó burlonamente Bradford Lowe, con una sonrisa sarcástica bajo su fino bigote. Tras los lentes de cristales azules, sus ojos jóvenes e inteligentes brillaron, excitados—. Veamos lo que es, amigos…

… Por decisión especial del gran dictador de la Tierra —proseguía la voz potente del Magistrado— vuestras vidas son perdonadas, en atención a la festividad de mañana, fecha en que deberíais ser ejecutados.

—¿Es posible? —saltó, asombrada, Mara—. ¡Tanta generosidad…!

—Es la fecha conmemorativa de la subida de Xankoh-Tzar al Poder —dijo abruptamente Raymond—. Pero no creo que precisamente por esa razón nos perdonen la vida. Algo tratan esos monstruos que se dicen ser instrumento de la Justicia humana…

—¡Basta! —cortó la voz del Juez—. Lo cierto es que este Tribunal os condena a la pena de ser desterrados para siempre de la Tierra y de sus posesiones del espacio exterior, perdonando vuestras vidas en lo que a la ejecución directa se refiere, Pero no creo que viváis mucho allí donde seréis desterrados por la Ley…

—¿Adónde se nos destierra? —saltó agudamente Krakow Yarl, irguiendo soberbiamente su leonina cabeza de cabellos blancos, como de pura plata, sobre el rostro noble, varonil y de acusadas facciones como talladas en bronce.

—Al espacio… ¡y fuera del Sistema Solar para siempre!

Cayó un largo silencio sobre la sala destinada a los reos. Todos se miraron, asombrados. Sabían hasta dónde había llegado la mano exploradora y colonizadora del hombre. Solamente hasta el pantanoso Venus en una dirección, y hasta el agónico Marte en otra: Venus que desechado, por no poderse establecer el ser humano en sus enormes marismas sin fin, bajo una atmósfera densa, polvorienta, rica en bióxido de carbono y pobrísima en oxígeno. Solamente la Luna, con ciudades encerradas en campanas de cristal, con aire artificial respirable, y Marte, con bases igualmente cubiertas del ligero aire exterior, poco respirable y muy frío, continuaban siendo auténticas Colonias terrestres. La única conquista tras dos siglos de lucha…

Pero fuera del Sistema Solar… Eso jamás se había hecho con ser viviente alguno. Ninguna nave de la Tierra rebasó jamás el espacio interestelar o intergaláctico.

—Yo, en nombre del Alto Tribunal de la Tierra, os condeno pues, a un destierro más allá del Sistema Solar y todos sus planetas, a bordo de la nave sin regresó posible que a tal fin espera en los

aeropuertos interplanetarios de Centrópolis, y de cuyo vuelo interestelar con seres vivos a bordo, sus transmisores especiales nos irán informando puntualmente. Que Dios se apiade de vuestras almas…

El ritual, cerró la horrible sentencia. Ahora sabían bien lo que habían estado planeando, aquellos monstruos con ellos. Raymond lo expresó roncamente, cuando por el altavoz dejó de surgir la voz condenatoria, los soldados armados se aproximaron a ellos, para devolverlos a los calabozos hasta el momento de partir en tan trágico destierro hacia una muerte segura y espeluznante, en los espacios exteriores:

—¡Es un experimento científico, y nos utilizan como cobayas humanos! ¡Fingen perdonamos la vida, y nos condenan a un fin mil veces peor que el del pantano de la muerte, porque moriremos en el espacio, bien por falta de alimentos, de aire respirable… o por el choque con un aerolito o la terrible velocidad que precisa un proyectil para escapar a la atracción de los planetas!

—Vamos, volvéis a vuestras celdas —dijo el jefe de los soldados armados—. Deberíais dar gracias a la clemencia de vuestros Jueces, que os permiten seguir viviendo, cuando merecéis mil muertes por haber conspirado contra nuestro Gobierno.

—Todo ser libre y amante de la justicia tiene que conspirar contra seres como vosotros —dijo fríamente Krakow Yarl—. Yo, que fui primer ministro con el anterior Presidente de los Estados de la Tierra, sé lo que era aquel sistema de vida, justo y digno, y éste de ahora, policial y perverso, basado en el sometimiento del hombre a la más abyecta de las esclavitudes.

—¡Basta! —El oficial empujó al hombre de cabellos blancos, con un culatazo violento en el estómago, que dobló dolorosamente al infortunado—. ¡A callar, traidores!

Era más de lo que podía soportar el rubio indómito James Raymond. Rugió ferozmente, mientras Krakow era recogido en brazos de Bradford Lowe, y se abalanzó sobre los soldados.

—¡No! —gritó Dhrak—. ¡No hagas eso, Raymond! ¡Te matarán!

Ya Raymond, como un torbellino de furia, de violencia desatada, caía sobre los soldados, moviendo sus brazos igual que aspas de molino. El oficial quiso impedirlo, interponiendo la culata del arma con la que golpeara a Krakow. Intentó aplastarla contra el mentón

de Raymond, pero encontró el vacío. El atlético joven de ojos azules eludió el sibilante mazazo, y a su vez se introdujo bajo los brazos del oficial, descargándole un directo tremendo al hígado y otro con la zurda al rostro.

Saltó atrás el militar, como un monigote disparado por un resorte. Los soldados, rápidos, hincaron sus fusiles automáticos en el vientre y pecho del rebelde, dispuestos a disparar sin vacilaciones si la pugna continuaba.

Esos fusiles no hubieran frenado a James Raymond. Tuvieron que ser los brazos de Mara y de Dhrak los que le sujetaron fuertemente, para que cediera su furia.

—Por favor, Raymond —pidió Dhrak suavemente—. No debes ser así… No resolverás nada luchando contra lo imposible. Vale más que sigas con nosotros… para bien o para mal. Para vivir… o para morir.

Esto pareció reducir la rebeldía furibunda de Raymond. El joven, con su dorada cabellera revuelta y los ojos centelleantes, se detuvo en la lucha. Retrocedió, empujado por los fusiles atómicos.

El oficial se incorporó, mirándole con ojos centelleantes. Se dominó, con un esfuerzo muy violento. Y silabeó, furioso:

—Bien, tú has querido que sea así. Hasta que se destierren, vas a pasarlo mal… ¡muy mal! Esta noche sabrás cómo muerde el látigo en las mazmorras. ¡Palabra que te haré lloriquear como a una mujer, y pedirme de rodillas que te mate o te perdone!

* * *

El látigo cayó sobre la carne, ya sin ropas. Rasgó, una vez más, la piel de la ancha y musculosa espalda. Vibró el cuerpo dañado, lacerado por la mordedura de la tralla en la carne. Era el latigazo numero cincuenta…

Pero James Raymond no lloriqueó. Tampoco pidió clemencia ni una muerte rápida y beneficiosa. Simplemente, apretó sus labios, con el rostro lívido, que el dolor contraía, y dominó su angustia en el más completo y desesperante silencio.

—¡Otro! —aulló, irritado, el oficial—. ¡Otro latigazo, verdugo!

—Ya están dados los cincuenta, señor —dijo el hombre de negro uniforme, con la calavera en el torso, como señal de su cargo de

verdugo y torturador oficial.

—¡No importa! ¡Otro más! ¡Quiero verle llorar, gemir, suplicar…!

—No lo hará, señor, aunque le de otros cincuenta. Conozco bien a los hombres. Éste es de los que se dominan por encima de todo. Le mataremos, pero no llorará. Ni siquiera se ha quejado o gemido una sola vez. Posee un temple de acero…

—¡Dale otro latigazo, de todos modos! —rugió el oficial, virulento.

El verdugo se encogió de hombros. Su misión era obedecer. Soltó la tralla de nuevo, y con tal fuerza que rasgó la cintura y el costado de James Raymond.

Éste, ligados sus fuertes brazos a dos argollas de acero que brotaban del techo, se estremeció bajo el feroz impacto. La sangre enrojeció la trayectoria del cuero, goteó sobre el suelo, deslizándose por su piel.

Pero no brotó de sus labios el más leve gemido. El verdugo se volvió fatigado.

—Inútil, señor —dijo—. Nadie le podría dar con mayor fuerza. Y ni una queja…

—¡Está bien! ¡Llevadle a la celda de nuevo! ¡Y arrojad sal sobre sus latigazos, a ver si así se queja o se lamenta!

Así se hizo, pero tampoco con eso obtuvo la respuesta deseada el cruel oficial. Finalmente, abandonó la celda donde yacía, solo y contraído por el horrible dolor, el infortunado Raymond. A través de los visores del cristal acerado de los muros, los demás prisioneros contemplaban, pálidos de ira y de dolor, al herido.

—¡Pobre muchacho! —se lamentó con voz amarga Krakow Yarl —. En cierto modo, mía es la culpa. Primero, por aceptar su ayuda en la insurrección fracasada para derribar a Xankoh. Segundo, por protestar y ser golpeado, cosa que indujo a Raymond a ese acto de rebeldía en la sala de Juicios…

—No diga eso, Krakow —respondió suavemente Mara, junto a él, su compasiva mirada de mujer fija en James—. En realidad, él luchó por algo más que por su causa y por la destrucción de Xankoh… Creo que lo que deseaba era morir.

—¿Morir? —Krakow frunció el ceño en su faz de bronce, y volvió el rostro hacia Mara—. No te comprendo…

—¿Acaso lo ignora? —intervino con voz débil Bradford Lowe—. Raymond perdió a la mujer a quien más amaba.

—¿Una mujer?

—Sí —continuó Mara—. Una mujer Hermosa y capaz de todo por el bien de sus semejantes. Era científica y muy inteligente. También muy joven. Hija del profesor Winter, asesinado por Xankoh y sus verdugos…

—¡Tanía Winter, la profesora desaparecida! —exclamó, con sorpresa, Krakow—. ¡Una mujer leal a mi causa, a la causa de la libertad de la Tierra!

—Eso es. Ella fue descubierta en una pretendida conspiración. En realidad, el dictador buscaba con ahínco su eliminación, porque el ser hija de Winter era peligroso, sobre todo tratándose de una muchacha tan inteligente y bella. La arrestaron las fuerzas de la Policía de Seguridad Mundial. No ha vuelto a aparecer. No está cautiva, porque ha habido espías nuestros hasta en los más recónditos calabozos, y jamás la vieron. Murió en los pantanos, sin duda.

Y desde entonces, James Raymond, su auxiliar en los laboratorios Winter, su compañero inseparable de experimentos, que fue leal amigo de ella, y enamorado en silencio, se lanzó a luchar contra el tirano. Por eso está ahora aquí… con nosotros. Por eso le pidió a usted luchar, cuando era aún oficial de la Guardia Azul de Centrópolis, y disfrutaba de confianza por parte de nuestros enemigos.

—Una triste historia la de Raymond —corroboró el moreno, atlético Dhrak Stanton—. Deseaba morir, pero no se hubiera suicidado jamás. Es demasiado valeroso y tiene demasiada fe para hacer algo así. Pero sabía que luchar podía entrañar el fin deseado… de un modo dulce y consolador. No ha tenido suerte…

—¿Hemos tenido suerte alguno? —suspiró, amargo, Bradford Lowe, tocándose pensativamente el bigote con la punta de los dedos, mientras sus ojos se entornaban tras las gafas azules.

Nadie le respondió. Sabían que era cierta la pregunta. No, no sería una suerte seguir con vida. Sobre todo, lanzados en una cápsula al espacio… sin retorno posible. Desterrados al más horrible y hostil de los lugares. También al más gigantesco e inconmensurable: el espacio infinito, negro, vaporoso. Más allá de

la luz del Sol y de los mundos posiblemente habitados. Más allá de todo lo conocido…

Raymond seguía tendido en tierra, en su solitaria celda, aparte de los demás. Hasta en eso eran crueles los verdugos feroces de Xankoh-Tzar. No permitían que sus compañeros pudieran aliviarle el terrible dolor de sus flageladas espaldas.

—Si al menos nos fuera posible destruir ese aparato en el que van a meternos como conejos de indias —se lamentó Dhrak Stantos, pensativo—. Aniquilar sus instrumentos para hacer inútil el experimento…

Una risa suave del arrogante hombre de pelo blanco le contuvo. Todos miraron interrogantes a Krakow Yarl, el líder de su revuelta fracasada.

Éste habló con lentitud, consciente de lo que decía, seguro de sus ideas:

—No seáis chiquillos, amigos míos. Si existiera una sola posibilidad de que nosotros, con nuestras manos, pudiéramos destruir los mecanismos para acabar con el experimento, aun a costa de nuestras propias vidas, es evidente de Xankoh no nos situaría dentro de su nave interestelar. No, él está seguro de sí mismo, seguro de que no podremos hacer nada contra el funcionamiento de su proyectil, dentro de éste. No sé cómo será, pero solamente de esa forma y con esa absoluta seguridad nos coloca como cobayas humanos en su sensacional experimento para intentar la conquista de otros espacios, lejos del Sistema Solar…, y para deshacerse de nosotros con una suerte cruel y terrible, dentro de ese auténtico ataúd disparado al espacio…

Nadie habló. Comprendieron que Krakow tenía razón, Y aquella misma razón les asustaba. Más, mucho más que la idea de una muerte rápida e inmediata. Porque esto hubiera significado una liberación, en cierto modo.

Y el saltar a los cielos en una nave de Xankoh-Tzar significaba no sólo el más terrible cautiverio hasta morir en su alucinante destierro, sino también la dolorosa idea de pensar que iban a servirle de utilidad a Xankoh, puesto que con sus reacciones a bordo, posiblemente los hombres de ciencia del tirano calculasen las posibilidades de un futuro viaje del hombre a aquellos lejanos espacios.

Ahí estaba la auténtica crueldad del perverso dictador de la Tierra.

# CAPÍTULO III

## MUNDO ALUCINANTE



unca olvidarían, aunque vivieran siglos enteros después, el momento escalofriante del lanzamiento.

Fue después de haber sido conducidos por una escolta fuertemente armada, y dentro de un aeromóvil de propulsión nuclear, hasta la pista secreta de lanzamiento de proyectiles y cohetes espaciales, en la Base Uno de Centrópolis.

Iban ligados con cintas de acero magnéticas que oprimían por sí solas los miembros atados, forzando su presión cuando más lucharan por desasirse los cautivos.

Ello les mantuvo a buen recaudo. Cuando una rampa deslizante automática les depositó en la misma pista de «plastmetal» de la Base, las ligaduras magnéticas se desprendieron solas, a una presión del oficial de vigilancia en el control magnético que llevaba

adherido a su propia muñeca.

Pero entonces tampoco tuvieron tiempo material de intentar una fuga desesperada, que terminase con su muerte, o una lucha suicida con sus vigilantes guardianes. Porque en la pista había otra rampa automática, de gran velocidad, que al ser depositados los cautivos, se puso en funcionamiento. Elevó una especie de muros laterales, se alzó vertiginosamente, y les lanzó, rodando, hasta la puerta del proyectil de gran tamaño que esperaba en el centro de la pista de lanzamiento, sostenido por una enorme torre metálica de armazón en torno.

Siempre movidos sin voluntad por aquellos diabólicos pero ingeniosos mecanismos en marcha, bien sincronizados, fueron a parar al interior de la base o primer cuerpo del proyectil, cuya puerta, nada más cruzarla ellos, se cerró de golpe.

Aún no habían logrado ponerse en pie torpemente, sujetándose entre sí los cinco condenados, para no caer, cuando el suelo comenzó a subir vertiginosamente, proyectado como una catapulta hacia las alturas, entre las cilíndricas paredes de metal del proyectil, de las que les separaban unos muros vidriosos, en aquella especie de fantástico ascensor en movimiento.

El ascensor, siempre fulgurante, no cesó hasta que penetraron por una abertura circular, que se cerró automáticamente tras ellos. El ascensor con paredes cilíndricas y transparentes se encajó, como centro de un cuerpo esférico, cuyas paredes o muros cóncavos pudieron advertir iluminados por una claridad lívida, verdosa, al recobrar el aliento y la consciencia plena, tras unos segundos de inmovilidad absoluta.

—¡Mirad! —dijo roncamente Raymond, que a pesar de los crueles latigazos del día anterior en su cuerpo, iba ahora por su propio pie, enérgico e inquebrantable, aunque con una tensa palidez en su rostro, y un encogimiento instintivo en su poderoso cuerpo, vestido ahora con el mismo uniforme que habían obligado a poner a todos: un traje ceñido, azul celeste y blanco, con correajes blancos, las insignias de la Tierra y su enorme letra T roja surcando el torso sobre la tela. Ahora se apoyaba en el muro de vidrio transparente, señalando el resto del cuerpo en que se hallaban metidos. Repitió—: ¡Mirad, amigos! ¿Reconocéis eso?

—Es… es una esfera cuyos muros parecen cuajados de

graduadores, indicadores, reloj, altímetro, señalador de velocidades, pantalla visora, altavoces y micrófonos de gran sensibilidad —refirió Dhrak—. ¿Qué significa eso? ¿Dónde estamos?

—En el cuerpo mismo de la cabeza del cohete. En la última fase del proyectil, la que ha de salir del Sistema Solar si todo va bien. Está claro —crispó las manos sobre los muros cóncavos que les separaban de toda la maquinaria. Luego golpeó éstos con fiereza, pero el aparente cristal cedió, sin la más leve señal de debilitamiento o fragilidad—. ¡Y nosotros iremos dentro de él, viendo todos los datos de la nave, computando su marcha, velocidad y distancia, sus reacciones mecánicas, mientras posiblemente esos micrófonos y otros aparatos más sensibles captarán y transmitirán a la Tierra información sobre nuestros organismos y reacciones durante el viaje!

—En resumen, que, como dijo Krakow, no podremos acercamos ni tocar esos mecanismos para alterar el resultado de la prueba —rugió rabiosamente Bradford Lowe.

—Ya lo suponía —asintió Raymond—. De otro modo, no estaríamos aquí.

—¿Y cómo nos alimentaremos, cómo podremos efectuar nuestras más nimias necesidades, como dormir, beber líquidos, descansar… dentro de este encierro cilíndrico, desnudo de toda otra cosa? —Interrogó, angustiada, Mara Tunball, que con su traje azul ceñido a su hermosa figura de mujer y sus ajustados pantalones, rematados por botas blancas, estaba realmente maravillosa y turbadora.

—Tal vez no haya nada de eso…, y ahí estribe nuestra terrible agonía —dijo roncamente Dhrak.

Una carcajada burlona, de inflexiones metálicas, les llegó de repente, como si procediera del aire mismo, de la nada. Todos alzaron las cabezas, oteando en vano el punto de origen de esa risa escalofriante.

—No temáis —dijo una voz metálica, sorda, que tan bien conocían por sus discursos a través de radio y televisión, y por su sonido en los periódicos fonéticos de todo el mundo—. No vais a morir así. Quiero que vuestra agonía sea mucho más larga que todo eso…

—¿Eh? ¡Es él, Xankoh-Tzar, en persona! —rugió Raymond,

crispado el rostro, en busca desesperada del origen de la voz—. ¿Por dónde hablas, maldito tirano, asesino y verdugo de los hombres libres de toda la Tierra?

—Mi voz os llega a través de esas mismas paredes que golpeáis en vano. Los altavoces son ellas, los transmisores y receptores de mayor sensibilidad, su propia fibra, invisible al ojo humano, y que no podréis quebrar porque es irrompible.

Parecía cierto aquello. Pero a Krakow le inquietaba otro aspecto de la cuestión. Era evidente que tenía ahora un contacto directo con el dictador, a través de aquel sistema ultrasensible de comunicación. Inquirió, con voz seca:

—¿Y los alimentos? ¿Cómo los recibiremos? No creo que estos muros sean servidores mágicos que nos los sirvan…

—Son más, mucho más que servidores mágicos —rió Xankoh, a través de los invisibles altavoces—. Os bastarán pequeñas indicaciones. Y esas paredes magnéticas obedecerán como auténticos genios de una lámpara maravillosa. Basta concentrar un pensamiento, apoyando en ellas las manos. La energía magnética, transmitida telepáticamente al ultrasensible sistema nervioso de esa materia la obliga a aceptar lo que pida el viajero… menos quedar libre de ella, naturalmente. Es como una capa o muro inteligente, al servicio vuestro… limitado por mi voluntad. Probad. Pedid, por ejemplo, que se fragmente en dos cabinas, para separaros de la mujer, y que ella pueda descansar fuera de vuestra compañía, como es natural en personas de diferente sexo. Probad…

Krakow hizo la prueba. Con una seña, indicó a todos que no pensaran en nada concreto. Él, por su parte, concentró las ideas en una sola y fija. De pronto, los muros plásticos comenzaron a ondular. Mara se había situado aparte, por propia voluntad, para facultar el experimento.

La pared serpenteó hasta formar como un ocho, en vez del círculo primitivo. Ahora eran dos cilindros independientes, ligados por un solo punto herméticamente cerrado… ¡Y los muros de Mara cobraron un tono azul, opaco, que la ocultó a ellos! —¡Estoy aislada!— se quejó Mara, con terror. Todos percibieron su voz con igual claridad que si estuviera junto a ellos. Indudablemente, concentró tanto sus pensamientos, que volvió el cilindro a su primitiva disposición, convirtiéndose en una sola estancia de nuevo.

—No estás aislada, ya lo ves —dijo la voz del dictador por los altavoces invisibles del muro prodigioso, dúctil e infranqueable—. Basta que deseéis realmente una cosa, para que el muro obedezca.

—¿Y nos servirá alimentos cuando los pidamos? —saltó Bradford, desconfiado.

—Se ampliara o reducirá a vuestro gusto, dentro siempre de la esfera en que viajaréis. Pero os mantendrá separados del mecanismo de a bordo, que sé destruiríais en cuanto os pusierais en marcha. Mientras las pilas magnéticas de gran potencia respondan, irá obedeciendo vuestras órdenes… y también servirá alimentos. Así. ¡Mirad!

Ahora, nadie lo había pedido mentalmente. Pero sin duda también la voluntad del dictador terrestre era acatada por la singular y asombrosa pieza plástica de forma cilíndrica, hasta el techo mismo de la nave-esfera.

No surgió un genio prodigioso con una bandeja de manjares, como en «Las Mil y Una Noches», pero sí ocurrió algo curioso. La pared se extendió ahora hasta uno de los muros de la esfera, formando un pasillo ondulante, que pronto se quedó quieto.

Pero aquel muro no tenía mecanismos. Solamente una pared lisa, cóncava, con una especie de caja octogonal en el muro. La caja era metálica. Avanzaron hacia ella. Vieron tres ranuras en su parte inferior.

La voz de Xankoh explicó:

—Vuestra cocina y mesa de banquetes. No hay manjares ni comidas vulgares aquí. Tampoco líquidos, que perjudicarían vuestro organismo demasiado pronto. Por una ranura, salen píldoras ricas en oxígeno e hidrógeno, en la exacta proporción del agua. Dos partes de hidrógeno, una de oxígeno. Cada píldora significa una gran dosis de agua que se os almacena en vuestro organismo y os quita la sed. En otra ranura hay pilas de comprimidos alimenticios de gran potencia. Tenéis ración suficiente hasta que se agoten los mecanismos de a bordo… y llegue vuestra hora.

—¿Y la tercera ranura? —preguntó Raymond, duramente.

—Son comprimidos medicinales, por si os sentís enfermos prematuramente. Con eso, y con vuestra propia naturaleza, ¡buen viaje a los espacios de donde jamás se vuelve, desterrados del mundo!

Una risotada burlona concluyó con los informes del dictador. Pareció cortarse toda comunicación. Los cinco cautivos y viajeros se miraron entre sí, atónitos.

—Esto es prodigioso —declaró Krakow—. Pero maligno, porque se ha puesto al servició del Mal. Del odio, de la ambición innoble y de la crueldad. Esa materia plástica, tan fuerte y tan viva…

—Esa materia es el invento del profesor Winter, estoy seguro —declaró con voz ronca Raymond.

—¿Eh? —Mara le miró con estupor—. ¿El padre de…?

—El padre de Tania, sí —declaró tristemente Raymond, mirando a la pelirroja Mara—. Conoce esa historia, ¿verdad? Pues, bien, el padre de Tania halló una materia viva, maleable y a la vez inquebrantable. La creó, pero guardó el secreto a todos. No quería venderla a Xankoh-Tzar, porque sabía que el dictador la utilizaría para esclavizar más al hombre. Él tiene espías en todas partes, sus agentes secretos se infiltran por doquier. Se enteró, y se apoderó del invento, torturando sin duda al profesor para que lo revelara. Luego, lo envió al pantano, como más tarde hizo con Tania, cuando supo que ella investigaba en la misma materia creada por su padre, para dar con ella nuevamente… y ponerla al servicio de otros hombres. Sabía que el odio de Tania por lo ocurrido a su padre, seis años atrás, no se había extinguido. Pretextó una acusación por complot contra su Gobierno… y la envió al pantano también. Así es ese monstruo…

En ese momento, tuvo lugar la explosión, la tremenda sacudida de todo aquel cuerpo, que les lanzó por tierra, y luego les adhirió al suelo de la cabina, como si éste tuviera imán. Aplastados virtualmente por la enorme presión del cohete, que sin duda arrancaba en aquel momento de la superficie terrestre, los reactores a fusión nuclear rugieron poderosamente bajo sus pies, a varios cuerpos o fases del proyectil más abajo.

Automáticamente, la pantalla se iluminó con imágenes televisadas del exterior, en un muro de la esfera. Pudieron ver, con plena consciencia, pero inmovilizados por la tremenda presión ejercida por el despegue, la pavorosa visión de un mar de llamas, humo denso y chorros de vapor de fuego, alzando en vilo, hacia el espacio, la colosal forma aguda del proyectil, con su esfera diminuta en la punta. ¡La esfera en que ellos mismos se encontraban en aquel

momento!

Se sintieron aturdidos, zumbaron sus sienes, y se sumieron en una especie de sopor denso, mientras en la pantalla visora se distinguía el azul, hacia el que partía, despidiendo chorros de fuego y humo, el proyectil con rumbo a los espacios interestelares, más allá de los ámbitos de los planetas solares…

Para los cinco viajeros, hacia un mundo alucinante y desconocido, formado precisamente por la ausencia de los mundos. Hacia una negrura infinita, en la que, como un cuerpo celeste más, abandonado a sus pobres recursos, flotaría después, convertido en un féretro de los cielos, hasta la muerte total.

Sin embargo, en aquellos momentos, ni siquiera podían pensar en eso. No les era factible pensar en nada. Una especie de semiinconsciencia, de vago sopor, les vencía.

La presión sobre sus pechos y sienes era menor, como si un portentoso sistema automático de descompresión hubiera entrado en acción al partir la nave.

Pero, en cambio, el sopor continuó… y sintieron que se les nublaba la vista y se adormecían… o tal vez morían.

No lo sabían. No podían saber nada de nada…

Sólo que en la pantalla televisora se veía ya el cielo. Y abajo, cada vez más distante, la superficie azulada y brumosa de la Tierra… El planeta amado, convertido por el tirano en un infierno de crueldad y de esclavitud, quedaba abajo, en la distancia.

Y el proyectil espacial subía, subía, subía…

* * *

—Una píldora medicinal… Creo que es lo que más necesitamos todos.

Krakow abrió los ojos, aturdido aún. Somnoliento, miró al que se inclinaba sobre él, ofreciéndole la píldora. Era James Raymond, sonriendo. Con una luz animosa en sus azules pupilas.

—Gracias —tartajeó el hombre del cabello blanco—. Gracias, Raymond. ¿Ya… ya se ha recuperado usted?

Mara dijo:

—Sí. Los demás duermen, como usted. Es un sopor descomprensivo, que nos ha ido bien. Yo desperté antes. He tomado

una píldora medicinal; parece eficaz.

Krakow ingirió la suya y se incorporó despacio, con un gran aturdimiento. Raymond le ayudó a reclinarse en el muro de vidrio. Luego, sirvió píldoras a todos los demás.

—Es usted el más fuerte de todos —comentó Dhrak al despertar y tomar su dosis de medicamento, que despejó su sopor y su atontamiento casi en el acto—. Está tullido a golpes, ha soportado el despegue, y ya está en pie, como si nada.

—No es ningún mérito. —Sonrió James Raymond—. Si mi naturaleza es así, hay que aceptarla como es.

—Oiga, James… —pidió Mara—. ¿Dónde estaremos ya? ¿Muy lejos de la Tierra? ¿Qué tiempo habrá transcurrido desde… desde ese horrible salto al espacio?

—Mucho pregunta, Mara. —Raymond la ayudó a sentarse, tomándola por los hombros, dulcemente—. Y no me llame James. Mis amigos de verdad emplean el de Jim. No quedan ya muchos de ésos. Pero ahora, toaos somos amigos.

—Gracias, Jim —ella le sonrió agradablemente con su carnosa boca.

—En cuanto a lo que quiere saber, le diré, por lo que veo en esos altímetros, indicadores de velocidad y también en la pantalla visora, que nos hallamos bastante lejos de nuestro querido mundo. Vea, no se distingue en la pantalla sino cuando queda bajo nuestra, popa… Pero el velocímetro señala que viajamos a doscientos ochenta kilómetros por segundo. Lo cual hace una velocidad aproximada de dieciséis mil ochocientos al minuto… y de más de un millón de kilómetros a la hora.

—¡Dios mío, no! —jadeó Mara.

—¡Esa velocidad es imposible…!. —Protestó Dhrak—. ¡Significaría…!

—Significaría, si mis cálculos son exactos, que podremos salir del sistema solar en cosa de sesenta días… si no fuera porque esta velocidad veo que tiende a aumentar. En cuyo caso, podemos tardar mucho menos en dejar atrás a los planetas conocidos.

—¿Por qué esta velocidad tan fabulosa, Jim? —preguntó Bradford Lowe, asustado.

—Es un modo de huir a la posible atracción de otros planetas. Nuestra propia aceleración crea una resistencia a cualquier acción

gravitatoria, e incluso nos puede situar fuera de la órbita del Sol y de su poderosa fuerza central, para dispararnos, como ellos desean, fuera del Sistema. ¡Miren, ya alcanzamos trescientos diez kilómetros por segundo! Esto aumenta la velocidad de un modo escalofriante. Es posible que, a este paso, en escasos días sobrepasemos la órbita de Marte, penetremos en la zona de asteroides entre Júpiter y Marte, y antes de dos o tres semanas saltemos al Infinito, más allá del radio de acción del Sol.

—¡Dios santo, esto es para enloquecer! —musitó Krakow, pensativo—. Que yo sepa, jamás se lograron velocidades así en astronaves terrestres. Las que llevaron colonos a Marte tardaron seis meses en llegar. La primera de todas sobrepasó el año.

—Así es —asintió Raymond, taciturno—. Este proyectil ha sido un nuevo avance, un experimento colosal… o ese velocímetro está como una cabra. Cosa que no creo. ¡Miren, ahora se divisa la Tierra en la pantalla visora!

Era cierto. Cinco pares de ojos se posaron con avidez en la imagen del planeta querido. Vieron su forma esférica, achatada, de un tenue color azul, brumoso, muy lejos, apenas un punto en la distancia.

—Nuestro sopor inicial ha durado unas cinco horas —explicó Jim Raymond—. Eso quiere decir que estaremos a un par de millones de kilómetros de distancia, por lo menos, considerando que la velocidad inicial fuera mucho menor que la actual…

Un escalofrió de horror sacudió a los presentes. A pesar de habituarse a la idea de morir, había cosas que eran todavía más inconcebibles y estremecedoras que la propia muerte. Aquel fantástico viaje al mundo alucinante del espacio, por ejemplo. Aquel salto de titanes que les llevaría, si la velocidad del proyectil continuaba creciendo, a lugares remotos que hasta entonces fueran inaccesibles al hombre.

—Si nos fuera posible llegar con vida a alguna parte, salvarnos de algún modo, sobre un suelo firme de otro planeta habitable cualquiera… —oró en voz alta Mara.

—Abandone toda esperanza —dijo roncamente Jim—. Después de Marte, ya no hay posibilidad de encontrar mundo habitado alguno. Marte no resolvería nada. Es una colonia terrestre, en directa comunicación con el planeta Tierra. Tardarían horas en

localizarnos y ejecutarnos, por orden de Xankoh-Tzar. Tras de Marte, ya sólo podemos encontrar en nuestro camino a Júpiter, un mundo enorme a más de trescientos cincuenta millones de millas de la Tierra, con una temperatura de menos de noventa grados centígrados bajo cero en su superficie, y rodeado por nubes densas de gas metano y amoníaco. De existir agua, será en estado de total congelación. Y nada de oxígeno es posible que se halle en tal mundo.

—Hay otros mundos, además de Júpiter —observó Bradford, impresionado.

—¿Otros? —Jim rió—. Sí. Está Saturno, con una anchura de Sesenta y cinco mil kilómetros, por lo menos, en su anillo circundante. Y un diámetro, de polo a polo, en el planeta, de más de ciento diez mil kilómetros. Su atmósfera es tan venenosa y gaseosa como la de Júpiter. Si buscamos más allá, sólo encontraremos, ya en los confines del Sistema Solar, y donde el Sol apenas si es una remotísima y débil estrella, sin calor y casi sin luz, a Urano y Neptuno. E, infinitamente más lejos, Plutón. Mundos helados, sin sol ni aire respirable. Auténticos lugares de muerte, aun en el problemático supuesto de que, dominando los controles de esta nave, nos fuera dado llegar a ellos.

—No nos da muchos resquicios de esperanza, Jim.

—Es que no debe haberlos. Serían falsos. Hemos sido enviados a morir, y vamos a morir sin remisión.

—¿Es que usted no tiene fe?

—¿En Dios? Sí. La tengo. La tuve siempre. Admito que cabe esa remota, imposible posibilidad del milagro. Pero parece tan difícil, tan lejana… como los lugares a donde vamos. Y no quiero tener esa esperanza. Me queda la fe, esa fe que usted alude. Por ella no desespero. Sigo luchando, pugnando por vivir. Pero una cosa es eso y otra alimentar ilusiones vanas.

Hubo un silencio dentro de la nave del espacio. Todos parecían reconocer la justeza de las palabras de Jim Raymond. De un modo instintivo, con esa intuición que está más allá de lo razonable, todos se habían agrupado en torno suyo, admitiendo el magnetismo de su autoridad y de su energía física y mental. Todos, incluso el grave, reflexivo e inteligente Krakow Yarl, aspirante un día a la Presidencia de los Estados de la Tierra, parecían aceptar

tácitamente y sin la menor discusión el mando de Jim Raymond, confiriéndole un intangible grado de capitán de la expedición sin esperanzas, hacia la muerte negra e infinita de los cielos distantes, de los mundos remotos y de los espacios sin soles ni habitantes…

* * *

Transcurrieron varios días dentro de la nave del espacio. En la Tierra debían estar satisfechos del curso del experimento. Todos se sentían normales, ingerían las píldoras con regularidad, sin experimentar hambre, sed ni debilidad de ninguna clase.

Podrían advertir, en los relojes e indicadores electrónicos de a bordo el curso exacto de las horas, los minutos, los días…

Cruzaron al segundo día ante Marte, dejándolo atrás. El rojo planeta, con sus colonias terrestres, pasó ante su visor, a alguna distancia del proyectil, que cruzó su órbita, hasta perderlo de vista en la distancia, convertido en una estrella cárdena y remota.

—Estamos en la zona de los asteroides —dijo roncamente Raymond, viendo la oscilación de las estrías luminosas de las pantallas de superrradar de a bordo, por cuyas intermitencias, cada vez más rápidas y accidentadas, se notaba la proximidad de cuerpos celestes extraños, en mayor abundancia y velocidad.

—Dios quiera que choquemos con uno de ellos y nos destrocemos —apuntó de repente Dhrak Stanton—. Sería un final piadoso… y rápido.

—Calla —le dijo Mara con reproche—. Ya que aún vivimos, no debemos desear la muerte. No es justo, Dhrak. Debemos esperar… esperar…

—¿Esperar qué? —aulló Bradford Lowe, algo nervioso—. ¿Morir más tarde aún?

En ese momento la pantalla de radar reflejó una sacudida luminosa más brusca. El radar magnético trató de rehuir el choque con un cuerpo. Pero evidentemente eso no fue posible.

Porque, de repente, todos sintieron el impacto contra algo poderoso, gigantesco, y el cohete sufrió un rudo embate, una sacudida espantosa. Rodaron por el suelo, se hizo la oscuridad total en la nave, que volteó por los espacios como un pigmeo destrozado, saliendo de su ruta…

Con un grito terrible, Mara sintió que su cabeza golpeaba el muro de vidrio… y perdió el conocimiento.

# CAPÍTULO IV

## ¡JÚPITER!




aymond se rehízo tan súbitamente como se hundiera en la negrura de la inconsciencia.

Lo primero que vio fueron los goterones densos, vidriosos, blandos, de la superficie cilíndrica de los muros de plástico, derritiéndose ante sus ojos. Luego, advirtió que sus propias ropas adquirían una blandura viscosa, deshaciéndose a jirones sobre su piel. Y más tarde, un sudor copioso, abrasador, corriéndole sobre la piel.

Hacía calor… Un calor horrible, incapaz de ser tolerado por el ser humano. El clima era tal que la inquebrantable pared vidriosa se derretía, convertida en líquido abrasador.

Mara estaba junto al muro, y los goterones, al tocar el suelo refractario, se extendían en charcos casi sólidos, cristalizando de nuevo con la refrigeración natural del metal envolvente del

vehículo sideral.

Pero aun así, el calor era insoportable, acaso superior a los sesenta o setenta grados centígrados sobre cero. Posiblemente una temperatura que los cristales circulares de su mágico encierro eran incapaces de soportar, y que no había sido prevista por los ingenieros y técnicos terrestres al montarlo.

Se deslizó por el suelo hasta la bella pelirroja, y la apartó del muro goteante, derretido, mientras Dhrak, Krakow y Bradford se rehacían también, jadeando bajo la intensa y terrible temperatura interna.

—¡Cielos, Raymond! —musitó Dhrak—. ¿Qué es lo que sucede? ¡Nos ahogamos, esto es el mismísimo infierno!

—Tal vez lo sea para nosotros… —Jim se quitó de un manotazo la transpiración que corría por su faz brillante, congestionada—. Pero posiblemente, también, sea el milagro que predijo Mara con su inquebrantable fe… Posiblemente, a fin de cuentas, estemos ante nuestra única posibilidad de sobrevivir.

—¿Eh? —Bradford le miró, excitado—. ¿Qué es lo que dice, Jim?

—Estamos en plena fricción… fricción con una atmósfera, con gases, con hielo gaseoso… posiblemente helio.

—Pero… ¡mire el indicador de velocidad! —gritó Krakow—. ¡Vamos como disparados!

—Sí. Es la gravedad…

—¿Cómo? —Ahora fue Mara quien lanzó el grito.

—¿Qué gravedad?

—No sé… —Jim se tocó la frente que chorreaba sudor. Miró la pantalla visora, surcada por estrías luminosas sin forma, como las de un televisor cuya imagen se ha interrumpido, persistiendo la luz de mercurio—. Se ha estropeado la conexión del visor externo. No tengo la menor idea de hacia dónde vamos…, pero si esa velocidad del indicador es cierta, y el impacto que sufrimos fue con un meteorito, mi teoría es que esa fuerza de atracción gravitatoria… solamente puede provenir de un sitio, de un planeta…

—¿Do…?

—¿¡Júpiter!?

—¡Júpiter! —el grito de Mara fue estridente—. ¡Júpiter…! ¡Pero eso significa… morir igualmente! ¡Usted, Jim, nos dijo que Júpiter

es venenoso, letal para nosotros, con su temperatura glacial y su amoníaco y metano en la atmósfera!

—Justamente. Pero Dios quiere que vayamos hacia él… —Jim se encogió de hombres—. Debe de ser voluntad superior. Y hemos de aceptar ese destino, sea cual sea. De todos modos, ya nos hemos liberado a la tiranía y designios de Xankoh-Tzar. Ahora… estamos en otras manos más altas. Ya no seguiremos hacia el exterior del Sistema Solar, ni continuaremos su experimento criminal. Para mal o para bien, vamos hacia el interior de Júpiter, el coloso de los mundos de nuestro Sistema. Donde cada año constituye doce años de la Tierra, y donde el peso de uno de nosotros se triplica.

—¿Pero cómo pudimos chocar con el aerolito… y no destrozarnos en el vacío? —se sorprendió Bradford, que estaba lívido, pese al sudor copioso de su faz y de todo su cuerpo, que empapaba las ropas semiderretidas.

—No chocamos, Bradford —explicó Jim—. En otro caso, seríamos ahora simple polvo cósmico, aniquilados por el choque. En el vacío, el choque con otros cuerpos es muy poco probable. Falta la aceleración y roce con el aire y muchas otras cosas que provocan el impacto. Lo más probable es que el radar automático que controla esta nave evitara el choque con un aerolito gigantesco, pero del brusco impacto producido al brincar sobre ese pedrusco sideral nos golpeamos, perdiendo el conocimiento. De algún modo se alteraron los mandos, debió romper esta nave con el control automático y con su normal ruta fijada, precipitándonos a una supervelocidad, tal vez rayana con la propia velocidad lumínica de trescientos mil kilómetros por segundo, hasta ser absorbidos por la enorme gravedad jupiteriana, que ahora nos ha vencido y nos atrae hacia su suelo, a través de auténticas y densas capas de gas helio en estado glacial, pero gaseoso aún, que provocan esta tremenda fricción y, con ella, el aumento de temperatura de la nave.

—Parece como si hubiera viajado otras veces por el espacio, Jim —se admiró Dhrak—. Está tan seguro de todo…

—No puedo estar seguro de nada. Son simples teorías. Las moléculas gaseosas, al rozar el fuselaje de nuestro vehículo del espacio, provocan este aumento de temperatura tan terrible. Sin embargo, la tremenda ironía de todo ello es que el gas con el que friccionamos es totalmente frío, gélido. Si nos fuera posible lograr

una refrigeración de esta nave…

—¡Mire! —voceó Bradford—. ¡Ahora podemos salir del encierro! ¡Casi se ha derretido totalmente nuestra pared mágica de vidrio flexible!

—Sí, vamos fuera si lo prefieren. Esto debe tener, un refrigerador, aunque acaso funcione al máximo, y aun así no podamos resistir el grado de calor. Si fuera factible refrigerarlo más, dar paso al gas exterior, en proporción tal que no eliminase el oxígeno del aire artificial interior…

—Tal vez abriendo un boquete en el muro de la nave… —sugirió Krakow.

—No, no sirve. Cualquier abertura supondría una boca voraz, por la que nos engulliría la absorción natural del propio aire de Júpiter… Es una succión científicamente posible, al provocar la entrada del aire, con la velocidad en nuestra nave.

—¿Y no es igual morir ahora, tratando de sobrevivir, que hacerlo más tarde, cuando caigamos como un cuerpo muerto, estrellándonos sobre la superficie de Júpiter? —aventuró valerosamente Dhrak.

—No debemos precipitar los acontecimientos —opinó Jim—. Lo cierto es que aún vivimos, cuando deberíamos haber muerto. Y que la incógnita de Júpiter aún no está desvelada. Por tanto, ignoramos si hallaremos un mundo muerto, un horrible infierno de hielo, una muerte rápida, por el choque, como parece lo más probable…, o una leve, remota esperanza de seguir viviendo, de llegar a salvo al planeta gigante, de hallar aire respirable, sea como sea, de vivir, en suma. Y mientras esas esperanzas de vida continúen… hemos de luchar, de conservar la fe en un éxito que parece imposible, pero que tal vez no lo sea.

Salieron da la cabina-prisión cilíndrica. Caminaron por la esfera que ahora se hallaba abierta a todos, de su total pertenencia. Pero ya nadie pensaba en destruir, sus delicados mecanismos, como al despegar de la Tierra, sino en hallarles una aplicación, una utilidad para luchar por aquella existencia cada vez más dudosa e insignificante, dentro del colosal curso de los sucesos que estaban viviendo.

Jim Raymond era el más capacitado de todos y el único que entendía los problemas y riesgos actuales. Se encaró con los

controles y esferas graduadas, indicadoras de situación, velocidad y demás datos técnicos. La mayor parte de ellas no funcionaban.

Los azules ojos del joven estudiaran sus características. Luego se encaró con los mandos de la pantalla visora. Eran mandos a distancia, controlados desde la Tierra por radio. Pero ahora estaban fuera de todo control, virtualmente arrancados de la voluntad remota de Xankoh-Tzar, el dictador.

Manipuló en ellos. Las estrías luminosas, centelleantes, siguieron fluctuando en la pantalla iluminada del visor. Finalmente, tras una presión de los dedos firmes de Jim sobre un control y el ajuste de otro totalmente suelto, las líneas cobraron forma, se densificaron, en un juego de contrastes de luz y de sombra.

—¡Ya está! —gritó roncamente—. ¡Mirad en el visor!

Todos los rostros se volvieron hacia el rectángulo ligeramente curvo de la pantalla televisora.

El exterior fue visible, en imágenes borrosas pero precisas. Gases, estrías de nubarrones blancuzcos y grises desfilaban a una velocidad increíble, en sentido ascendente, ante la pantalla. Ello señalaba que caían, descendían como un objeto inanimado, dominados por la potente atracción gravitatoria del que, sin duda alguna, era el planeta Júpiter…

—¡Dios mío, caemos sin solución posible! —se lamentó Bradford Lowe, estremecido.

—Es inevitable. A pesar de todo, algo posee esta nave que la hace invulnerable a los efectos de la fricción atmosférica, por terrible que sea… o al entrar en contacto con la atmósfera de Júpiter hubiéramos sido hechos pedazos. Si existiera un medio de frenar esta nave, de nivelarla, de buscar la horizontal, para un descenso suave… ¡Mara, Dhrak!

—¿Qué, Jim? —preguntó este último, volviendo ambos la cabeza hacía Raymond.

—Tengo una idea. Tal vez sea una perfecta locura, pero merece la pena intentarlo. Ved sí es posible tomar en vuestras manos, sin abrasaros, materia de esas paredes de vidrio derretidas. O esperad a que se enfríen ligeramente, pero sin permitirlas solidificarse de nuevo. Entonces, moldeadme con ellas cinco huevos o esferas con una abertura suficiente para introducir por ella la cabeza. ¿Entendéis?

—¡Sí! —asintió Mara esperanzada—. ¡Escafandras!

—Eso es. Escafandras transparentes.

—¿Para respirar en Júpiter?. —Krakow río con cierta ironía—. Jim, usted delira. Necesitaría estabilizar esta nave, poder aterrizar… y tener aire para inyectar el interior de esa escafandra. Si no, ¿qué es inyectar en el interior de esa escafandra? Si no, ¿qué es lo que vamos a respirar dentro de ella, sin equipos de oxígeno?

—El único problema consiste en buscar la nivelación y tomar tierra en Júpiter —respondió gravemente Jim, que continuaba haciendo funcionar los mecanismos de a bordo de un modo u otro, pulsando botones en frenética búsqueda—. Mire ahí. Ese botón rojo, bajo un orificio, indica: «Paso de aire artificial». Eso quiere decir que si podemos condensar suficiente aire en unas bombas o depósitos de ese mismo material plástico, tendremos una provisión suficiente para explorar Júpiter sin alejarnos mucho de esta nave… y volver luego a ella a reponer oxígeno.

—¡Yo haré esos depósitos! —declaró entusiasmado Bradford, corriendo junto a Mara y Dhrak, que ya seleccionaban fragmentos semifríos de material transparente para fabricar escafandras.

—Piensa en todo, muchacho —suspiró Krakow, admirado—. Bien, ¿qué ocupación hay para mí? No, quiero ser un testigo de excepción, sin colaborar en esta lucha desesperada, por el simple hecho de tener más edad que ustedes.

—Gracias, Krakow. —Sonrió Jim—. Si realmente quiere hacer algo, no faltará ocupación para usted. ¿Quiere mover esa palanca roja que hay junto a las rejillas de aire refrigerado? Creo que son para una emergencia… o tal vez sólo sean para cerrar el paso del frío, con lo que habremos descubierto que hemos de seguir soportando el calor horrible de ahora.

Krakow probó la pequeña palanca roja que asomaba en una estría del muro metálico cuajado de instrumental. En el acto, un irlo intenso comenzó a suplir el calor interior de la cámara esférica. Jim sonrió, radiante.

—¡Reduzca el frió, Krakow! —avisó—. ¡De otra modo, se volverá a solidificar la materia plástica… y es nuestro único material aprovechable por ahora!

Krakow obedeció, y el calor volvió a aumentar, permitiendo que las manos rápidas y diestras de los demás viajeros moldearan el

plástico transparente en las formas pedidas por Jim.

—Bien —los dedos de Raymond se detuvieron sobre un botón verde, que aún no había pulsado—. Es nuestra última esperanza. Tenemos también el freno de motores, pero eso nos haría caer como un pedrusco, al no hallar resistencia alguna la gravedad, en la retropropulsión nuclear de la nave. Si no hemos caído ya, haciéndonos añicos sobre el suelo de Júpiter, se debe precisamente a esa acción retro propulsora. Pero este botón verde, sin indicador alguno, puede ser un estabilizador, un freno gradual que no detenga los motores…, y entonces estaríamos salvados. Ya no me queda más por examinar, de modo que este botón verde es el decisivo…

—¡Que Dios nos ayude! —pidió Mara, terminando su primera esfera de vidrio plástico, que dejó junto a sí—. Confío en ese botón verde… acaso porque siempre se ha dicho que el verde es un color esperanzador.

Jim Raymond asintió, ceñudo. Volvió a enjugarse el sudor del rostro con el dorso de la mano. Clavó los ojos en la pantalla visora, tratando de ver algo a través de los gases impenetrables, que en grandes franjas vaporosas desfilaban ante ellos formando un extraño y caótico mundo sin formas, cuyo sólo aliento aniquilaría al ser humano, pues su organismo estaba hecho solamente para aspirar oxígeno. Un gas, precisamente que no se encontraría allí en modo alguno…

—¿Ha observado esa mancha roja, cárdena, que cruza la pantalla constantemente? —inquirió Krakow—. ¿Qué puede ser?

—Somos nosotros mismos —dijo roncamente Jim—. Un reflejo de nuestro fuselaje en las capas densas de gas. Si recuerdan esta esfera cuando llegamos a la Base terrestre de donde despegó, era azul. Ese color indica que, pese a sus enormes sistemas de refrigeración externa, y a su material incandescente y refractario… estamos al rojo vivo en el fuselaje, por la terrible y sostenida fricción con la atmósfera jupiteriana…

—¡Parece que la cortina de gas se aclara, deja de ser tan densa! —exclamó Mara, clavando sus ojos en la pantalla del visor— ¿o es imaginación mía?

—No, no es imaginación. —Jim apretó los labios—. Se disipan los gases… Eso quiere decir que nos aproximamos a la atmósfera interior… a la superficie misma de Júpiter. Ahora sí que hay que

oprimir ese botón… y que sea lo que Dios quiera.

Hubo un segundo de tensión, de silencio, de espera, dentro del ataúd espacial donde cinco vidas pugnaban por librarse a su terrible suerte.

Luego… el dedo de Jim presionó en el botón verde.

* * *

De momento, nada sucedió.

Se miraron todos, descorazonados. Jim frunció sus rubias cejas, bajando los ojos al suelo. Ya había tres escafandras moldeadas y dos depósitos de oxígeno de forma oblonga, con una especie de tubo en la propia materia plástica. Sus creadores, Mara, Dhrak y Bradford, clavaron sus ojos en la pantalla. Luego, en Jim Raymond.

Krakow, entretanto, apretaba los puños, en tensa espera angustiada.

—¡Ahí! —gritó bruscamente Dhrak—. ¡Mirad todos ahí!

Volvieron los ojos hacia la pantalla, espoleados por la exclamación de Dhrak. El grito jubiloso de éste fue pronto coreado por otros varios de triunfo, de esperanzas renovadas, de fe en un milagro que cada vez parecía menos improbable.

¡Se habían extinguido los gases densos, y una superficie helada, blanca y gigantesca asomó bajo sus plantas, como un Polo sin fin, Invadiendo todo el planeta!

Pero no era eso lo mejor, sino que… ¡Ya no caían hacia el suelo de Júpiter!

Flotaban en el aire, descendiendo con suavidad, en abierta oblicua, frenados por un potente sistema de nivelación de rumbo, que contrarrestaba suficientemente la enorme fuerza de gravedad jupiteriana.

—¡No caemos! —chilló Bradford, dando brincos de júbilo—. ¡No caemos, amigos! ¡Estamos planeando… planeando sobre Júpiter!

Jim Raymond, a punto de sollozar, apoyó el rostro fatigado contra los mandos del vehículo del espacio, y musitó:

—¡Dios mío, gracias…! Creo… que estamos salvados…

—Pero, Jim, aunque tomemos tierra en Júpiter… ¡sobre esa capa helada nos moriremos, sin ropas apropiadas a noventa o cien grados bajo cero! ¡Y el aire, los alimentos comprimidos, todo cuanto

poseemos aquí… tendrá su fin lógico!

Raymond se volvió lentamente hacia Dhrak, que era quien había hablado.

—Hace muy pocos minutos, salvar la vida en medio de este caos, abrasándonos a través de la atmósfera de Júpiter, y cayendo como un objeto inanimado, suponía una verdadera utopía irrealizable. Hemos salvado el primer obstáculo. Y el segundo. Ahora descendemos suavemente, venciendo a la fuerza de atracción con una fuerza propia que frena la nave, en su descenso obligado. Tenemos una idea en práctica para respirar aire oxigenado en el exterior. ¿No es ya suficiente, Dhrak, para pedir todavía más a la Providencia que hasta ahora no nos abandonó?

—Eso puede resolverse. —Juzgó Krakow—. Algunos de nuestros trajes espaciales están intactos. Y tienen guantes de igual materia plástica, no porosa. Lógicamente, esa materia, que se estaba derritiendo con el calor, resistirá bastante bien el frío. Si tiritamos, pero resistimos la temperatura externa, no estaremos mucho peor de lo que un expedicionario de la Tierra sufrió al pisar la Luna, o los propios viajeros terrestres sufren en las zonas glaciales. Lo único que observo es que algunos trajes, como el de Jim y el de Bradford están medio derretidos. Por ello, contamos con solamente tres trajes. Contando que uno es de Mara, y ella tiene derecho, como mujer, a llevarlo siempre, somos cuatro hombres con dos trajes útiles para excursiones al exterior. Nos turnaremos en las exploraciones, suponiendo que éstas sirvan de algo en un mundo muerto y helado como Júpiter.

—Helado, sí —declaró Jim—. Pero muerto… ¿quién puede saberlo?

—¿Cómo? —se asombró Krakow—. ¿Es que cree usted posible la vida orgánica en ese mundo de temperaturas glaciales?

—La vida es siempre posible… si las plantas o los seres tienen un organismo adaptado al ambiente y clima en que se reproducen y existen. Si entre los seres humanos, de tan limitada condición física, caben los esquimales y los indígenas ecuatoriales, los unos habituados a temperaturas de cuarenta y cincuenta grados bajo cero, y los otros a más de sesenta sobre cero, ¿por qué no admitir que en otros mundos, por inhabitables que nos parezcan a los terrestres, no existe una vida que, al surgir acorde con su clima,

ambiente y atmósfera, es perfectamente normal, orgánica e incluso inteligente, sin necesidad de tener similitud con el organismo humano y sus cualidades?

—Visto así, es factible, pero…

—No le quepa duda. Es factible… —Miró a la pantalla, fascinado por la visión delirante, inconmensurable, de una enorme y gigantesca esfera planetaria, de más volumen y peso que los otros ocho planetas solares en conjunto. Le asombró la albura de sus hielos eternos, cristalinos y colosales, formando enormes grietas, montañas centelleantes a la débil luz del lejano Sol, Que apenas si perforaba tenuemente los densos gases atmosféricos de Júpiter. Y añadió, impresionado por tanta grandiosidad, jamás vista por el hombre—: Es factible… Ahí tenemos al coloso de los mundos solares, al gran Júpiter, de las rocosas doce lunas y los breves días de menos de diez horas de duración por su vertiginosa rotación, en contraste con su lenta traslación, que prolonga hasta doce veces la duración de su año…

# CAPÍTULO V

## ¿VIDA EN JUPITER?



uavemente también, como descendieran, fue la llegada a la superficie glacial, blanca e inmensa del helado Júpiter.

Las manos de Jim Raymond accionaron los frenos de emergencia, rompiendo el cristal inastillable que cubría los mandos dirigidos a distancia, y que ahora podían tocar sus manos.

Los reactores de la última fase del proyectil, que era tan sólo la esfera tripulada, entraron en acción, derramando chorros de fuego y humo sobre la superficie fría.

Derritióse el hielo bajo la presión nuclear térmica, pero sin formar lagos, sin duda porque solamente estaba formado por amoniaco y metano, evaporándose en forma de un polvillo blancuzco, gaseoso, en torno a la esfera móvil, que iba tomando tierra con una deceleración capaz de impedir el gran impacto sobre

la superficie del inerte Júpiter.

—¡Aferraos a los sitios que os sea posible! —gritó Jim roncamente, sujetándose él a los mandos de deceleración, freno y reactores con ambas manos, y oprimiéndolos con todas sus energías, mientras en el visor aumentaba más y más la visión del suelo de Júpiter, aproximándose vertiginosamente a ellos, a pesar de lo que parecía un lento descenso.

El gas blanco producido por el deshielo, al impacto de los reactores en llamas, que ahora miraban al suelo, frenando el descenso con su contrarresto a la poderosa gravedad jupiteriana, cubrió totalmente la pantalla.

De repente… una sacudida espantosa, impresionante, lanzó a unos y otros, pese a los asideros, golpeando los muros curvos del cohete. Jim se vio arrancado de los mandos, con un tirón escalofriante que pareció romperle los dedos en pedazos, y le arrojó contra un muro, donde golpeó con la nuca, dolorosamente.

Se rehízo en parte, para que otro embate, otra oscilación tremenda, que provocó crujidos en el fuselaje del aparato, le arrojara sobre Krakow, que a duras penas se mantuvo en un precario equilibrio contra un rincón, impidiendo ser golpeado por las aristas de los mandos y de la pantalla visora, bajo la cual se hallaba acurrucado.

¡Se habían posado en Júpiter!

Por primera vez, los seres humanos se hallaban sobre la corteza del gran planeta desconocido, el mundo que era uno de los grandes enigmas estelares de todos los tiempos…

¿Qué les esperaba en el colosal mundo de la atmósfera densa y la temperatura glacial?

* * *

—Son cinco horas de nuestro reloj y hora terrestre. Cinco horas ya en Júpiter. ¿Qué hacemos, Jim?

Jim Raymond no contestó en seguida. Estaba examinando el exterior, a través siempre de la pantalla electrónica del visor. La imagen no variaba. No podía variar. Un páramo helado inmenso, una tundra colosal, ribeteada en sus horizontes por altas y agudas cumbres heladas, que el gas metano rozaba con vapores densos,

pizarrosos, en sus picachos como de cristal gélido.

Se volvió lentamente a sus compañeros de encierro en la nave posada sobre suelo Jupiteriano. Sonrió, reflexivo. Los azules ojos tenían una expresión cauta, recelosa.

—Esperad aún —avisó—. Estamos sobre un mundo inexplorado, en un lugar jamás hollado por el hombre… o al menos, que jamás supimos fuera hollado. Otras expediciones se perdieron en el vacío, cientos de años antes. Alguna pudo venir a parar aquí.

—¡Imposible! —Comentó Bradford.

—¿Imposible? Tendremos que desterrar esa palabra de nuestro diccionario particular, Lowe. Si hemos sido capaces de hacer lo imposible, ¿cómo creer en algo que no sea posible? Pensad que si los controles remotos de esta nave no transmiten noticias a los receptores terrestres desde el impacto con el meteoro, ellos también imaginarán que nos hemos perdido en el infinito, o volatilizado en el choque con cualquier otro cuerpo celeste, incapaces de resolver la situación por nuestra cuenta. Sin embargo… no es así.

—Yo me pregunto: ¿no será igual morir en el espacio que aquí, en este gigante helado donde estamos ahora?

—Dhrak, no diga esas cosas —le reprochó Jim—. No sea nunca derrotista. Vivimos. Estamos sobre un suelo firme, hostil o no, habitable o no. Si hemos superado dificultades que parecían insuperables, ¿quién piensa ahora en morir, Dhrak?

—Me gusta oírle hablar así —dijo Mara con dulzura—. Sí, Raymond. Es hermoso saber que un hombre como usted ha dejado de desear la muerte como alivio a sus pesares y angustias. Que quiere vivir, que lucha por ello, a pesar de todo.

—No sé. Tal vez este viaje increíble me ha cambiado las ideas, me ha hecho ver más claro. Y comprendo cuán nimias son las tremendas tragedias personales de los humanos, ante la grandeza del Cosmos y sus misterios…

—Disponemos de cinco escafandras y de cuatro depósitos de aire —dijo Bradford, hablando con sentido práctico—. ¿Cómo lo resolveremos?

—También faltan trajes. Pero eso no es problema. Ya dijimos que saldríamos por turno. El cohete será nuestro cuartel general. Y siempre quedará alguien en él, esperando nuestro regreso, y que no abrirá a nadie más que a nosotros.

—¿Otra vez esa fantasía de una hipotética vida en Júpiter? —rió Krakow.

—Es una fantasía hipotética… ahora. Pero ¿podremos seguir asegurando tal cosa mañana, pasado… o simplemente dentro de unas horas?

Nadie replicó. Tal vez estaba Jim en lo cierto. Había atinado en tantas cosas, que resultaba arriesgado llevarle la contraria.

—¿Quiénes serán los primeros en poner pie en Júpiter? —preguntó Dhrak.

—Eso debemos resolverlo —sonrió Jim—. ¿Quiénes creen ustedes, que deben ser?

—Usted, el primero —declaró Krakow.

—De acuerdo —añadió Bradford—. Es el que tiene más derecho.

—¡Jim, usted el primero! —exclamó Mara con entusiasmo—. ¡Es nuestro héroe!

—Sí, Jim, usted es uno —apoyó Dhrak—. El otro, cualquiera. Pero usted es el hombre clave de todo. El que nos ha salvado, el que nos ha guiado, el que es hoy capitán y jefe del grupo, sin discusión alguna.

—Gracias. —Jim respiró fuertemente. Fue a por una escafandra—. Krakow, por favor, llene los depósitos de aire, junto con Bradford. Tapónelos en cuanto estén repletos de oxígeno. Usted, Dhrak, que tiene la corpulencia más similar a mí, déjeme su uniforme.

—Eso me elimina de los primeros exploradores, ¿no? —sonrió tristemente Dhrak.

—No se preocupe. Bajará luego. ¿Quién va a venir conmigo?

—Yo, desde luego —declaró Mara.

—Creo que debe ser Krakow quien descienda —opinó Bradford—. Yo le cedo la primicia al hombre que tenía que haber sido presidente de la Tierra.

—Muy agradecido, amigos —hubo emoción en los ojos de Krakow Yarl, el hombre de los cabellos blancos y la mirada profunda—. Acepto el honor, Jim. Iré con usted.

—Y mucha suerte, pioneros de Júpiter —sonrió Dhrak.

—«Jim de Júpiter» y su escudero —rió Krakow de buen humor—. Como en las novelas de caballeros andantes, conquistando tierras ignoradas.

—¿Tierras? —se mofó Mara—. Yo no veo más que hielo. Hielo, hielo… y hielo. Espero que haya algo que no sea eso.

—Difícil lo veo —juzgó Jim, empezando a ponerse las ropas de Dhrak—. Pero, como otras veces hemos dicho, ¿quién sabe lo que Júpiter nos reserva, Mara?

* * *

Los pies humanos pisaron la nieve dura y cristalina.

Unos ojos asombrados, extraños, miraron, acaso por vez primera en la historia de Júpiter, la superficie helada del planeta lejano. La luz de lo que sin duda era día tenía un matiz débil, grisáceo, y el Sol ni siquiera era visible, tras los densos y agitados nubarrones de la superficie.

Caminaban con dificultad, con pesadez. Cada cien libras terrestres suponían allí doscientas sesenta y cinco de peso, por la mayor gravedad de Júpiter, en razón de su peso y volumen.

Tres cabezas humanas, tras las escafandras vidriosas, esféricas, miraron en torno, alejándose unos pasos de la esfera azul de la nave terrestre, milagrosamente posada en el titánico planeta.

Se hablaron por gestos, agitando las manos y haciendo movimientos faciales expresivos. La atmósfera era pesada, y sentíase su peso sobre los hombros.

Jim Raymond avanzó el primero, se inclinó, y su mano enguantada rozó el hielo de la superficie. Parecía igual al de la tierra, pero no era agua helada, sino metano y amoníaco, en estado sólido por el intenso frío.

Los estremecimientos de la piel de los tres bravos exploradores eran frecuentes. El frío era implacable y las ropas, pese a su falta de porosidad, eran insuficientes para protegerles.

Por señas, Jim indicó a sus compañeros que avanzasen. Mara y Krakow asintieron. Agitaron sus manos hacia el vehículo esférico, sabedores de que eran vistos a través de la pantalla electrónica, en señal de despedida momentánea.

Luego, comenzaron a andar en dirección a unas lomas o promontorios helados que se alzaban ante ellos, delimitando los horizontes visibles.

Un viento gélido, ululante y estremecedor barría la superficie de

Júpiter con tremenda violencia. Nubes de polvo helado se levantaban, dificultando a veces la visión, al golpear con fuerza las escafandras plásticas que llevaban, mediante un orificio, aplicado el tubo de los depósitos de líquido ajustados a la espalda con los cinturones de los uniformes no utilizados ahora, y pertenecientes a los que se quedaban en la astronave.

Se alejaron, siempre con paso tardo, lento, retardado por la presión intensa de la atmósfera jupiteriana y por su propio peso en el mundo extraño.

Alcanzaron el pie de las elevaciones heladas. Se detuvieron allí, respirando dificultosamente. El esfuerzo, en tan adversas circunstancias, era mucho mayor que en cualquier otro lugar de la Tierra, por desolado e inhóspito que fuera.

Mara y Krakow miraron a Jim, esperando sus instrucciones. Éste, tras un leve respiro, hizo señas evidentes de subir la loma helada cómo fuera posible. Era preciso tratar de abarcar más zona visible, por si en alguna parte cabía la esperanza de encontrar vegetación de alguna especie, el más leve rastro de posible vida orgánica.

Asintieron sus dos acompañantes, con pleno sentido de disciplina y de comprensión de las necesidades del grupo expedicionario, y de lo que buscaban en Júpiter.

Comenzaron a escalar la loma helada. El suelo no era allí propiamente hielo. El viento era mayor, más intenso, y un polvillo vidrioso, hielo en menudas partículas, que tampoco era nieve, se agitaba en torno a sus pies, enroscándose y cayendo al suelo después, en un constante movimiento de torbellino.

Era más difícil y penoso aún remontar aquella altura. Pero, finalmente, lograron alcanzar su cima, luchando contra la atmósfera, la gravedad pesadísima y el huracán que arrastraba jirones de nieblas verdosas y amarillas sobre las cimas de eterno hielo.

La visión de Júpiter era impresionante desde aquella altura.

Los ojos atónitos de Jim Raymond siguieron los accidentes asombrosos del terreno, las grietas, cráteres, depresiones y alturas, que recordaban la faz de la Luna, pero mucho más colosal y centelleante, por efectos de la luz lívida del día jupiteriano, en sus reflejos sobre el hielo menudo, que el huracán azotaba y alzaba en

densas nubes, como niebla blanca flotando sobre el suelo fantástico, increíblemente bello, desolado y glacial.

—¡Dios mío, qué mundo…! —musitó Jim—. ¡Qué lugar tan increíblemente muerto y bello es éste!

Miró a Krakow y a Mara, disponiéndose a hacer nuevas señas para el regreso.

De repente, sucedió algo imprevisto y terrible.

Empezó a temblar el suelo bajo sus pies. El huracán aumentó la violencia con repentina intensidad. Se alzaron nubes inmensas de hielo polvoriento, en tanto crujía el suelo helado bajo sus pies.

—¡Abajo! ¡Huyamos hacia a esfera! —aulló Jim.

—¡Es un terremoto, uno de los espantosos temporales de este planeta convulso!

No le oían sus compañeros, pero entendieron sus frenéticos gestos, y supieron lo que sucedía en la corteza de Júpiter, un mundo siempre sacudido por tremendos cataclismos, según las observaciones de los astrónomos terrestres desde muchos años antes.

Esto lo comprobaban ahora por sí mismos, y se apresuraron a lanzarse ladera abajo, casi dejándose caer rodando, para llegar antes al llano donde se hallaba parada la esfera terrestre.

Crujía de forma espantosa la cumbre de hielo tras ellos. Un chasquido escalofriante les hizo volver la cabeza con los ojos dilatados de horror.

Lo que vieron heló la sangre en sus venas. La enorme masa gélida se abría, se desmoronaba, y con ella, la ladera, completa empezaba a abrirse en enormes simas que podían engullirles de un momento a otro.

La tierra helada se hundía, formaba hondonadas donde hubiera cumbres, y las cimas de hielo se hundían en un caos impresionante.

La esfera misma se veía oscilar ostensiblemente sobre el estremecido pavimento helado. Todo se agrietaba, en un pavoroso derrumbamiento de la corteza gélida de Júpiter.

Jim, horrorizado, se detuvo encogido, junto a una grieta terrible que se abrió igual que una colosal cremallera ante él. Chilló, con un escalofrío, al ver hundirse en la negra sima, sepultándose para siempre en la tremenda fisura del planeta extraño a Mara y a Krakow.

—¡Noooo! —chilló, desesperado, rabioso, pugnando por aferrar la mano de Mara que se perdía ya irremediablemente en la sima abierta—. ¡No, amigos míos…! ¡No es posible!

Se estiró cuanto pudo, intentando furiosamente evitar el desastre, la fatal desdicha de sus amigos y camaradas de viaje. El suelo seguía agitándose convulso, presa del movimiento sísmico más terrible que jamás imaginara Jim Raymond.

Demasiado tarde, advirtió el peligro que él mismo corría, tendido hacia la grieta, y volcándose virtualmente el suelo sobre el que aparecía tendido su cuerpo, hacia el abismo abierto ante él.

Se incorporó a medías, trató de saltar el barranco negro hacia las entrañas pavorosas del coloso de los espacios. No pudo hacer nada. Patinó sobre el hielo, perdió todo equilibrio, golpeó su cuerpo en el borde mismo de la sima abierta, se venció por la propia y tremenda inercia, que no le permitía dominar su propia agilidad muscular… ¡Y también Jim cayó a la negrura fatídica, fue engullido por el abismo de Júpiter!

—¡Aaaaaah!…

Su grito de angustia, de infinito horror a una muerte así, se perdió en la desolación infinita de La tundra jupiteriana. Fue tragado por la grieta, mientras continuaba el caos en la superficie blanca del planeta, y los vientos huracanados barrían su hielo, apelotonando jirones de brumas venenosas sobre las cumbres, nublando toda luz, y dando la sensación espeluznante de un eclipse total o del fin de los mundos.

El fenómeno aún duró unos minutos.

Después, nada… Silencio, sólo roto por el aullido espantoso del viento, y por el crujido de los suelos agrietados por el terremoto.

Dentro de la aerosfera, dos hombres impotentes para salir a salvar a sus compañeros, asistieron al horror a través de la pantalla visora. Y también el silencio de la muerte pareció penetrar en la nave que oscilaba a impulsos del seísmo, enmudeciendo a los únicos testigos de la tragedia en Júpiter…

* * *

Morir… ¿podía ser como dormir o soñar?

Una eterna interrogante, filosófica y poética, parecía ahora flotar

sobre el ser viviente que abría sus ojos en el reino mismo de la Muerte… Porque ¿qué otro lugar podía ser aquél, de luz azul violácea, helado y silencioso, donde yacía como muerto, con sus miembros congelados y los ojos abiertos a aquella luz, los oídos abiertos al menor roce o sonido, y la mente funcionando, logrando pensar…?

¿Quién era él? ¿Qué hacía allí? ¿Dónde estaba?

No, no podía ser la Muerte. En modo alguno podía ser esto morir. Sentía todo su ser, sus miembros, los latidos de su corazón, las pulsaciones febriles de sus sienes, el aliento escapando de sus labios, que respiraban aire… ¡Aire!… sin escafandra alguna. Tendido en alguna parte, mirando a un techo o bóveda entre azul y violáceo…, sin poderse mover, como ligado por algo, aunque no sentía la presión de ligadura alguna…

No, eso no era la muerte… ni esto su reino de tinieblas. Y él… ¡él seguía siendo Jim Raymond, seguía teniendo el cuerpo de Jim Raymond, seguía pensando y sintiendo como Jim Raymond!

Pero ¿cómo era esto posible? ¿Qué nuevo, inaudito prodigio permitía esa asombrosa supervivencia a una muerte cierta?

Recordó dolorosamente a Mara y a Krakow hundiéndose en el abismo… pero en esa misma sima se había sepultado él, inmediatamente detrás…. ¡Y estaba vivo!

No, no, algo fallaba. Esto no era física ni humanamente posible…

De repente, le llegó el sonido de algo sibilante, de algo tenue, como arrastrándose a ras de tierra. Intentó girar la cabeza a un lado, tratar de ver lo que se acercaba, aquella cosa viva que sentía moverse cerca.

¿Sería… sería una forma viviente de Júpiter?

La idea le estremeció. No… no era posible…

Pero no pudo, mover la cabeza. Ni en un sentido ni en otro. Notó algo, un sutil tirón en su cuello. Los brazos estaban en cruz, extendidos a uno y otro lado de su cuerpo. También trató de moverlos, en vano. Algo hormigueó junto a ellos… Algo vivo que se movía.

Tensó los músculos, realmente asustado por primera vez. No estaba solo, pensó. ¡No estaba solo…, pero no era ningún ser terrestre el que estaba junto a él! Casi podía jurarlo… Su sexto

sentido no le fallaba.

Lo que sí pudo mover fueron los ojos, girando las órbitas hasta que de soslayo alcanzó a verse el brazo izquierdo. El estupor le invadió. No estaba ligado… pero sutiles hilos, largas fibras vidriosas, como de cristal hilado o hielo en finas redes, entretejían su cuerpo, adhiriéndolo al suelo con una presión tremenda, inexorable. Trató de romperlas en vano. Ni flexionaban ni cedían. No había nada más, vivo ni muerto, en aquel lado.

Trató de girar los ojos, aunque le dolían las retinas por el violento esfuerzo a que la inmovilidad de su cuello le obligaba, en dirección contraria. Lo logró, sintiendo que sus sienes palpitaban con mayor fuerza, y que el dolor en los ojos era casi insoportable. Vio lucecillas chispeando ante él, a causa de la intensidad del esfuerzo.

Pero también vio algo más…

# CAPÍTULO VI

## «MICRÓPOLIS»


ara y Krakow se miraron entre sí.

Estaban ligados a los muros de aquella enorme, vasta gruta de hielo azul-violáceo, en pie contra el muro, sin poderse mover. Algo así como telarañas de sutiles hilos gélidos les retenían, enmarañados contra la roca glacial. No llevaban ya escafandras. Ni depósitos de aire. ¡Pero respiraban oxígeno! O; al menos, sus pulmones funcionaban normalmente.

—¡Krakow! —La voz de Mara sonó normal, pero repetida por sonoros ecos de las altas bóvedas heladas—. ¡Dios mío, está usted vivo!

—Y usted, mi pequeña Mara —sonrió el hombre de cabellos blancos, sin poder moverse de sus redes aprisionantes—. ¿Es esto realmente un milagro?

—No puede ser otra cosa —musitó ella—. ¿Cómo, si no, vamos a vivir después de la caída por aquel abismo?

—Yo me pregunto cuánto tiempo hemos permanecido inconscientes… y quién nos ha ligado así, tan sólidamente.

—¿Quién? ¿No cree usted que esto sea producto del mismo hielo de Júpiter, solidificándose en forma de hilos sobre nosotros?

—No. No creo que ningún hielo se solidifique así, sin intervención de una mano inteligente que lo encauce…, ni creo, que esto que respiramos sea oxígeno… sino un aire que alguien ha adaptado a nuestros pulmones… o han ido más lejos… adaptando los pulmones suyos y los míos al aire de ellos.

—¿Qué ellos? —Se estremeció Mara.

—Eso es lo que se trata de averiguar, amiga mía…

—Dios mío, ¿qué será de Jim, de Dhrak, de Bradford, de todos… allá, en la superficie?

—Si el seísmo continuó con igual violencia, dudo mucho que sigan en la superficie. Sólo deseo que continúen con vida… aunque estén tan cautivos como nosotros. Usted, Mara, ¿está enamorada de Jim?

Ella asintió lentamente, bajando los párpados.

—Sí —declaró sin rubor—. Cualquier mujer sería capaz de amarle. Pero él sigue aferrado a un fantasma. A su Tania querida…

—Los fantasmas acaban diluyéndose, cuando los seres vivos tienen más fuerza, Mara. Usted es hermosa, dulce y valerosa. Creo que si salimos de esta aventura algún día… Jim se fijará en usted. Y descubrirá que también la ama…

—Lo… lo último que vi al sepultarme por la hondonada, Krakow, fue su mano extendida… tratando de coger la mía… —balbuceó la joven entrecortadamente.

—¿Ve, criatura? Creo que eso es todo, un indicio… muy esperanzados.

—¿Caben esperanzas, encerrados en este espantoso mundo de hielo?

—Mara, usted no puede flaquear ahora, cuando fue la que, durante todo ese terrible y desesperado viaje por el espacio tuvo mayor fe y entereza. Si salimos de todo aquello, si nos hemos salvado de morir incluso en esa hecatombe apocalíptica, ¿por qué no vamos a seguir con igual suerte?

—No sé, pero éstos, hilos fríos que nos retienen cautivos, sin poder hacer un solo movimiento… me dan la impresión de algo siniestro, terrible. De una amenaza de muerte, que esta vez no podremos eludir.

—Esperemos aún, Mara. No nos torturemos. Si existen realmente unos captores, como yo creo…, es que hay vida en Júpiter. Y si esos captores son inteligentes… no pueden ser tan crueles que lleguen a aniquilarnos. Vivimos, aunque presos. Ya es algo.

Enmudecieron ambos. Por el túnel de hielo parecía llegar ahora un ruido extraño, un roce largo e intenso, pero sumamente débil a la vez, que apenas sí se alzaba del suelo… ¡Pero que se movía hacia ellos!

—¡Dios mío, Krakow! —Silabeó Mara, lívida de terror—. Algo… ¡Algo se aproxima ahora!

—Sí —asintió roncamente Krakow—. Algo vivo, en movimiento. No sé si una bestia o un ser inteligente… Pero no logro ver… nada. ¡No puedo inclinar la cabeza para mirar al suelo!

—Yo… tampoco… Pero es… ¡es como si lo que fuera se arrastrase a ras de tierra… como un reptil!

—Calma, Mara, calma —a pesar del intenso frío, sudaba copiosamente Krakow, y sus nevados cabellos en desorden goteaban traspiración hasta su torso prisionero entre las hilachas de materia solidificada y Tría.

Mara hizo un esfuerzo supremo, bajó los ojos con una gran tensión de sus nervios ópticos… y pudo ver.

—¡Dios mío, Krakow, mire usted al suelo! —gimió, con infinito horror en la voz—. ¡Mire lo que hay aquí!

Krakow lo hizo así… y vio a los habitantes de Júpiter, como los estaba viendo, en otro lugar similar al encierro de los dos terrestres cautivos, pero al mismo tiempo, Jim Raymond…

* * *

Aquéllos eran los enigmáticos y asombrosos seres vivos del planeta Júpiter.

Los habitantes del más gigantesco de los mundos del Sistema Solar, del auténtico coloso del espacio… eran enanos.

¡Y qué enanos! Jim Raymond jamás vio seres iguales ni los

imaginó. En «Los Viajes de Gulliver» acaso pudo existir algo parecido. Pero éstos eran todavía más pequeños, más insignificantes y débiles en apariencia, que los célebres seres de «Liliput».

Humanoides, si eran, para asombro de Jim. Y debían de poseer una inteligencia exagerada para su tamaño, porque sus delgadísimos, vidriosos cuerpos de color violeta, asentaban la cabeza grande, deforme, todo, cerebro, masa encefálica vista a través de una membrana o piel muy transparente y repulsiva, sobre sus rostros afiliados, enjutos y crueles, de perfectos humanoides, aunque, según como se les mirase, recordaban también a los chimpancés tropicales de la Tierra, por lo enjuto y huidizo de sus facciones y gesto.

El mayor no rebasaría del tamaño de uno de sus dedos. Acudían por miles, acaso por millones, convirtiendo el suelo en un auténtico hormiguero susurrante y vivaz.

Parecían hablar, pero sus sonidos apenas si eran, murmullos vagos, inaudibles para el oído de un terrestre, excepto como raros, agudos chillidos que formaban un concierto extraño. Miraban con curiosidad morbosa, maligna, a su prisionero. Parecían reír, según juzgó Jim.

Uno subió por encima de su brazo y se le acercó al rostro. Empuñaba algo parecido a un fusil, cuando le tuvo encima de la mejilla, comprobó que era un fusil realmente, a escala microscópica. El hombrecillo diminuto lo asestó contra su mejilla y disparó. Jim contrajo la parte herida, que no sintió más dolor del que podía sentir con la punzada de un alfilerazo. El arma llameó tenuemente, como un juguete. Jim sonrió con cierta dureza, y sopló con fuerza. El aire se llevó en volandas al pigmeo, y éste chilló al caer desde semejante altura sobre sus congéneres.

Hubo un revuelo entre los mil pequeños individuos, que le miraron hostilmente. Parecieron comprender que no le harían nada disparándole sus armas, aunque la idea de Jim era otra. Si todos aquellos miles de microbios inteligentes hacían fuego, no lo pasaría él muy bien, por fortuna, ellos no pensaron igual. Gesticulaban, hablando entre sí. Parecían temerle, porque ya ninguno se subió encima de él, acaso por no recibir un resoplido igual.

Jim observó, perplejo, que una bandada de ellos comenzaban a escupir hielo por su boca… hielo en hilachas. ¡Eran ellos con sus

propias bocas los que fabricaban aquellas terribles ligaduras!

Las arrojaron al lado opuesto, y pronto formaron sobre la cabeza de Jim una densa capa, amordazándole virtualmente, e impidiendo que hiciera movimientos con la boca. Enanos, al otro lado de su cabeza, afirmaron las hilachas con fuerza.

Raymond comprendió lo sumamente astutos que eran aquellos pigmeos. De repente, se sintió alzado en vilo. ¡Le llevaban ellos en volandas!

Teniendo en cuenta su tamaño microscópico, significaba que habría miles y miles bajo su cuerpo, sujetándole con sus frágiles brazos cristalinos, y conduciéndole de ese modo, gruta adentro, hacia… ¿Hacia dónde?

* * *

—¡Mire, Krakow, es una ciudad… una ciudad enana… como de juguete!

También ellos iban cautivos. Cautivos de los diminutos seres violáceos de aspecto humanoide, que les conducían, tendidos, siempre envueltos en sus ligaduras de hielo glacial, hacia el centro de una enorme ciudad al parecer toda ella de cristal, o acaso de hielo vidriado. La ciudad sería enorme para los pigmeos de Júpiter, pero en la proporción resultaba una deliciosa ciudad de juguete para los terrestres. Las más altas torres no les llegarían a la altura de los ojos, si les pusieran en pie en sus calles y avenidas, reproducción exacta de cualquier ciudad terrestre o de otro planeta inteligente y habitado.

—¡Dios mío, todo esto es increíble! —musitó Krakow—. ¿Cómo un planeta gigantesco puede estar habitado por enanos insignificantes? ¡Es ilógico…, y tiene que tener una razón que no alcanzo a comprender!

—¿Adónde nos llevarán?

—No sé… Mire sus calles, sus ventanas y galerías. Aparecen llenas de pigmeos idénticos, sin ropas ni prenda alguna de vestir. Nos miran divertidos, sorprendidos también. No… no lo entiendo. Debe de haber en esta ciudad miles de millones de seres. En proporción a nuestras ciudades, sería como cien veces Centrópolis, la capital de los Estados de la Tierra. Tal vez haya dos o tres mil

millones de seres aquí dentro.

—Si son perversos, eso constituye una cifra estremecedora y terrible.

—Para nosotros, les bastarían muchos menos, Mara. Lo que quisiera saber es lo que van a hacer con nosotros. Esta «Micrópolis» es muy bella…, pero sus habitantes no me gustan en absoluto. Tienen expresión maligna, y para ellos, nosotros somos como monstruos invasores… Acaso jamás vieron un ser tan gigantesco como nosotros. ¡Y pensar que todos creían en la Tierra que si Júpiter hubiera estado habitado, sus nativos hubiesen sido auténticos titanes de gran estatura! Esto… esto no lo creerían nunca…

Krakow decía verdad en algunas cosas. Pero no sabía cuán equivocado estaba sobre una de sus creencias más arraigadas. La de que los pigmeos violáceos de Júpiter no conociesen a ningún otro ser de las dimensiones de los terrestres…

De pronto, se encontraron en lo que parecía una plaza central de la ciudad. Pero, cosa extraña, la plaza parecía un desierto. Una enorme plataforma negra, bruñida, como cristal o hielo negro. La plataforma era tan gigantesca, totalmente desprovista de edificios y de cualquier otro adorno, que incluso ellos dos, tendidos sobre ella, apenas si ocupaban una décima parte de su extensión. El techo de la gruta, en aquel punto, auténtico centro geométrico de la «micrópolis», era altísimo, tanto que apenas si la vista alcanzaba a descubrirlo.

Aquella extensión negra y circular, en medio de la gran urbe enana, parecía sin razón de ser. ¿Qué utilidad tendría para los pigmeos, que de concentrarse en su amplitud, llegarían a caber millones y millones de ellos, bien apiñados?

Los depositaron sobre la superficie negra. Luego los pigmeos hicieron algo sorprendente: se alejaron, dejándoles solos. Krakow frunció el ceño. Mara no lograba comprender nada de todo aquello.

—Para tener nosotros un tamaño que ellos desconocen, tienen bien tomadas sus precauciones. ¿Qué clase de pista, plaza o desierto es éste en que nos han dejado?

—No sé, Mara…, pero sospecho que vamos a saberlo muy pronto. Mire allí, a los bordes de la plataforma negra. Se apiñan miles y miles de estos enanos… Parecen jubilosos, divertidos por

algo…

—¡Dios mío, Krakow, mire allí! —gritó con voz ronca Mara—. ¡Traen otro cautivo! ¡Otro ser humano!

—¡Cielos, sí! ¡Y es…!

—¡Es él, es Jim! ¡Jim… vivo! —Cerró los ojos, sin importarle ya su cautiverio ni la suerte que iban a correr—. Gracias, Señor… por conservar también su vida.

Era cierto. Jim Raymond, horizontal, tendido y rígido, cautivo como ellos mismos en la red inextricable de aquella telaraña helada, avanzaba por el lado opuesto de la ciudad microscópica, procedente de otro punto del gran mundo subterráneo de los enanos color violeta.

Jim también les vio, y sus ojos se abrieron con estupor, con júbilo inconfundible también. Pero no pudo llamarles, gritar como gritó ahora Mara, porque él iba amordazado, con hilos de aquel hielo sutil sobre sus labios cerrados.

Pero lanzaba miradas elocuentes, que todo lo decían. Krakow sonrió, a pesar de los angustiosos y tensos momentos.

—Mara, me alegro mucho por Jim… y por usted —susurró simplemente.

Ella le miró con lágrimas en los ojos. Krakow supo entonces cuánto amaba Mara en lo más profundo de su corazón a aquel intrépido terrestre, rubio y atlético, sometido ahora a la misma impotencia que ellos, en el increíble planeta Júpiter.

Lo depositaron también sobre la plataforma negra, en su mismo centro. Los enanos se retiraron en medio de gran algazara. Todos, Jim, Mara y Krakow, parecían esperar algo… La llegada de nuevos pigmeos, con otros cautivos: Bradford Lowe y Dhrak.

Sus esperanzas se disiparon pronto. No iban a llegar. Cuando el último pigmeo salió de la plataforma circular de negro hielo, hubo un clamor chillón, estridente, saliendo de millones de gargantas enanas.

Después, un silencio expectante.

Jim respiró hondo. Empezó a sentir que la plataforma negra se movía. ¿Otro terremoto acaso?, pensó con cierto temor.

Pero no. Los pigmeos no se alarmaban por el movimiento de la plataforma, que empezaba a desprenderse de sus bordes circulares, comenzando a descender. Como un colosal ascensor del micro-

pueblo de Júpiter, empezaba a sepultarles todavía a más bajo nivel que el pueblo subterráneo de los pigmeos.

El clamor se hizo ahora estridente, jubiloso, divertido. Jim cambió una mirada de soslayo con Mara y Krakow. Ella le sonrió, animosa. Krakow se mantuvo imperturbable.

Descendían, más y más. Ya los bordes de la plataforma gigantesca —gigantesca en proporción a los enanos— se hallaban muy por encima de sus cabezas, y a sus bordes asomaban cabezas curiosas, de dilatada masa encefálica bajo la vidriosa piel Violácea.

—¿Adónde descendemos? —se preguntó Krakow en voz alta—. Para mover este mecanismo unos seres tan pequeños necesitan poseer un gran avance técnico y científico.

Jim asintió, bajando los párpados dos Veces. Mara observó:

—El frío crece… Crece a medida que descendemos… Mirad las paredes del túnel por el que nos hacen bajar. Es hielo. Hielo solidificado, como pura piedra tersa, lisa y brillante… ¡Dios mío! ¿Qué clase de mundo es éste en qué nos hallamos?

—Un mundo siniestro y mortífero, Mara… —dijo roncamente Krakow—. Pero usted misma lo ha dicho muchas veces. Confiemos… y esperemos otro milagro, para salir de él con vida…

—¿Ve usted algo más imposible que eso que ha dicho?

Krakow no respondió. Los ojos de Jim sonrieron expresivamente, con cierta dureza y amargura. Todos estaban convencidos de que, a medida que las peripecias se hacían más y más asombrosas, las posibilidades de retornar alguna vez a un mundo normal donde sus vidas no estuvieran amenazadas, eran pura utopía, un sueño casi irrealizable…

De repente, la plataforma aumentó su velocidad. De forma increíble, descendió más y más… y, con la misma brusquedad imprevista dio un enorme, gigantesco vuelco de costado sobre un túnel…, lanzándoles despedidos por el mismo, al tiempo que la plataforma ascendía rápidamente de nuevo, taponando la luz azul-violácea de arriba, y regresando a su punto de partida para cubrir la boca circular.

Jim, Mara y Krakow se vieron lanzados por una oscura rampa en declive, dando tumbos. La rampa era enorme también, y pareció durar una eternidad, en las más absolutas tinieblas. El frío aumentaba por momentos y les castañeteaban los dientes.

Cruzaron raudamente ante dos potentes reflectores laterales situados en el túnel descendente, que les bañó, durante cosa de cinco o diez segundos en una lívida luz cárdena, inexplicablemente, las ligaduras de hielo helado que les aprisionaban comenzaron a fundirse.

¡Y se sintieron libres, bajando ahora a golpes por una rampa mucho más pronunciada, nuevamente en sombras!

De golpe, como todo en aquel asombroso viaje sin finalidad aparente, sintiéronse lanzados sobre algo blando, denso y pastoso, que les acogió sin ruido, sin daño.

Dando vuelcos sobre aquella especie de masa esponjosa y blanda, terminaron por detenerse ante una enorme mole que les interceptaba el paso, algo así como una loma o promontorio… ¡cubierto de hierba rojiza, erizada y muy dura!

—¡Cielos…! —jadeó Jim, pudiendo despegar sus labios, y frotándose con las manos libres la cabeza dolorida—. ¿Adónde hemos ido a parar? ¿Es que hay campos y vegetación en Júpiter? ¿Y a este nivel bajo tierra?

La temperatura era ya más tolerable, aunque no subiría de los cuarenta grados bajo cero. Sin embargo, eso comparado con los restantes climas del planeta, parecía tropical.

—Y estamos libres… —masculló Krakow—. Al menos, libres de ligaduras.

—Señal de que ni aun así podremos escapar —sonrió duramente Jim. Se inclinó hacia Mara, que había caído junto a él, y la atendió, ordenando sus cabellos suavemente—. Mara, ¿cómo se encuentra, criatura?

Ella, estremecida, miró fijamente a Jim y reclinó la cabeza fatigada en su torso poderoso, atlético.

—No muy mal, para las emociones que llevo acumuladas —suspiró—. Gracias, Jim…

Pero Jim, nuevamente, dio pruebas de no fijarse demasiado en ella como mujer. Porque la apartó con suavidad, depositándola blandamente en aquel suelo blando, pastoso y de color blanquecino, y luego volvió los ojos a la loma herbosa que se alzaba tras ellos. Contempló la hierba rojiza, erecta y dura como púas. El suelo rugoso, color cobre, con raras vetas azuladas por encima…

—Nunca vi un suelo igual —dijo perplejo Jim.

Se incorporó con cierta dificultad por la propia esponjosidad del terreno, y comenzó a pisar aquella elevación. De repente, sintió que resbalaba, y se aferró a las matas de hierba rígida.

Ocurrió algo extraño. Llegó hasta ellos un sonido extraño, como el rugido de un viento lejano, y la superficie de la loma se movió bajo sus pies. Jim pensó en otro terremoto y se estremeció.

Pero, de repente, alzó los ojos, miró allá lejos, más allá de la loma… y un escalofrío de inmenso horror, de estupor sin fin, sacudió todo su ser. Cayó rodando de la pendiente de hierba roja, y Krakow y Mara corrieron junto a él, preocupados.

—¡Jim, Jim! —gimió Mara—. ¿Qué ocurre? ¿Se encuentra mal?

Jim dijo, consternado:

—¡Dios mío, no… no es una loma…! No es hierba… ni es tierra lo que pisé…

—Diablo, Jim, ¿qué puede ser entonces? —preguntó atónito Krakow.

Y la respuesta de Jim llegó contundente, escalofriante:

—Es… el brazo extendido de un gigante acostado… ¡De un ser miles de veces mayor que nosotros!

# CAPÍTULO VII

## ESCLAVOS Y «ROBOTS»


uizá se habían creído habituados a los mayores horrores e imposibles desde hacía algún tiempo, e incapaces por ello de sorprenderse por nada.

Sin embargo, la revelación de Jim era demasiado asombrosa para que no llevara a los ánimos de Krakow y de Mara el más profundo desconcierto y el más vivo horror.

—¡No! —jadeó estupefacto Krakow, reculando con pánico—. ¡No es posible, Jim…!

—Trate de subir usted mismo y lo verá. Ese gigante duerme. Profirió el ronquido que oyeron, al subir a su brazo y resbalar, teniendo que tirarle del vello, que yo creía hierba… Y esa supuesta tierra… es carne, piel… como la nuestra o la de cualquier otro ser humano… aunque infinitamente más dura. ¡Es un gigante colosal, un ser titánico, como jamás se soñó, salvo en la Mitología antigua!

—Pero… ¿pero cómo es esto posible? —musitó Mara, estremecida de terror—. ¡Seres diminutos como los dedos de nuestra mano… y colosos como ese gigante terrible! ¿Qué clase de mundo es Júpiter, que ofrece tales contrastes?

Jim dijo:

—Un mundo fabuloso y caótico, Mara. Donde lo más insignificante y lo más poderoso se dan la mano… Donde los mayores contrastes son factibles. Observe, Mara, que este coloso está aquí, en el lugar a donde nos han enviado los pigmeos. ¿Eso no le dice nada?

—No entiendo lo que quiere decir…

—Es muy sencillo. Si está aquí… es porque TAMBIÉN ES UN PRISIONERO.

—¿Está loco, Jim? —se asombró Krakow—. ¿Un gigante colosal como éste, prisionero de esos pigmeos?

—Nosotros somos gigantes también, para esos seres de ahí arriba —sonrió Jim—. Y ya ha visto de qué nos sirvió.

—Pero… ¡pero Si esos pigmeos son como un dedo nuestro… se perderían en la selva de ese vello, sin ser vistos, como simples cabezas de alfiler o diminutos parásitos invisibles para ese gigante!

—Exacto. Pero son millones y millones… y ese gigante tal vez no tenga tampoco la inteligencia de nuestros microscópicos captores. La mentalidad y el desarrollo intelectual no son privativos de seres gigantescos, sino que más bien se da en personas de escasa contextura. Aquí, la proporción resulta ya abrumadora, Krakow…

—¡Mirad! ¡Todo él se mueve! —gritó, desencajada, Mara, arrojándose de pronto en brazos de Jim—. ¡SE DESPIERTA… Y SE LEVANTA! ¡AAAH, MIRAD SUS OJOS… FIJOS EN NOSOTROS!…

Jim, abrazado a Mara con fuerza, cuando ella cayó sobre él, refugiándose en sus fuertes brazos, miró atónico hacia la enorme, colosal mole de carne que se empezaba a erguir ante ellos.

Los ojos, unos ojos amarillentos, redondos y colosales, estaban fijos en ellos. Con estupor, con incredulidad. Bajo aquellas monstruosas pupilas, una barba densa, hirsuta, una nariz achatada, una boca colosal, que bastaría para engullirles en un momento, si resultaba ser un gigante como los que citaban los cuentos ingenuos.

Pero de momento no parecía especialmente interesado en hacer de ellos su festín. Les estudiaba, con una perplejidad que parecía

indicio de su escasa inteligencia. Poco a poco, el cíclope iba asimilando la idea de que se hallaba acompañado por otros seres vivos, más pequeños que él, y también más grandes que los hombrecillos violáceos, y de pronto lanzó una interjección extraña, que sonó como un terremoto dentro de la vastísima nave, galería o lo que fuese aquella zona de suelo blando y esponjoso:

—«¡Gurka! ¡Gurka!».

A cada bramido de su voz, Jim, Mara y Krakow se echaban atrás, realmente asustados, mientras vibraban los muros al impacto de tan potentes ondas sonoras.

—¡Jim! ¿Qué dirá ese monstruo? ¡Parece enfurecido, irritado…!

Jim tragó saliva, asintiendo, y cubrió mecánicamente a Mara con su cuerpo, mirando al coloso de Júpiter, en actitud defensiva, aunque resultaba infantil pensar en una defensa, a cuerpo limpio y sin armas, ante aquel ser que con un solo dedo podía aplastarles en el acto.

—Está irritado. Por algo. Tal vez por nosotros —musitó Jim, tenso.

En efecto, el gigante se erguía, como una mole escalofriante de carne y huesos, hasta ponerse de rodillas sobre el suelo esponjoso, que se agitaba endiabladamente bajo su peso. Miró con enfurecida expresión a los tres prisioneros, y aulló de nuevo, alzando sus manos en el aire:

—«¡Gurka! ¡Gurka! ¡Tamaka Gurka!».

—Posiblemente nos insulta, no sé… —Jim trataba de adivinar lo que pasaba por la mente no muy aguda del titán. Pero eso era muy difícil, virtualmente imposible.

De pronto, las manos velludas, colosales, se abatieron sobre ellos.

Mara chilló, abrazándose con vivo terror a Jim.

—¡Ahora sí que vamos a morir! —gimió, desesperada—. ¡No quiero irme del mundo sin decirte que te amo, Jim! ¡Muero amándote con toda mi alma! ¡Jim, ya cae la mano…! ¡Amor mío, vamos a morir juntos!

Sorprendido y confuso por la revelación de la hermosa muchacha, Jim la estrechó contra sí, sin responder. Alzó luego los ojos hacia el nublado pavoroso que, de súbito, había cubierto a sus miradas la escasa claridad de la nave subterránea. ¡La mano del

coloso descendía ya hacia ellos, como un mazo de implacable muerte!

Krakow gritó, desesperadamente, ocultando la cabeza entre sus manos, para no asistir a la terrible conmoción dirigida a sus amigos. Estaba seguro de que luego seguiría él… Pero casi resultaba más doloroso para Krakow, el noble y digno Krakow, ver morir a Jim y a Mara, dos jóvenes hermosos y audaces como pocos.

No sintió el grito de ambos, aunque sí el roce de la mano colosal junto a él, pasándole los velludos dedos del gigante a escasa distancia. Luego… continuó el silencio. Y de nuevo la voz del cíclope, con su gutural acento insistente:

—«¡Gurka! ¡Gurka, Tamaka!».

Desolado, Krakow abrió los ojos para ver el horrendo espectáculo, para descubrir lo que significaba encontrarse solo, siquiera fuese por pocos segundos, antes de seguir la terrible suerte de sus amigos…

No vio ni rastro de Jim o de Mara. Atónito, alzó los ojos hacia el coloso…

¡Estaban vivos aún… caminando sobre la rugosa palma de la mano del gigante, y delante de sus enormes, espantables ojos!

Se agitaban los dos pequeños terrestres en la manaza ingente, mirando al rostro peludo, de su dueño. Pensó, con un escalofrío, si se disponía a devorarlos…

Pero no. Su expresión era benigna, sonriente… los ojos no expresaban ni ira ni avidez hacia ellos. Solamente curiosidad, simpatía y un raro afán de llegar a entenderlos, de saber lo que eran y quiénes eran…

Jim le miraba con viva curiosidad también, manteniendo abrazada contra sí a Mara, que tampoco parecía ya tan llena de temor. El joven señaló al gigante y repitió, con su más potente voz, una vocecilla para los oídos del gigante, pero sin duda, audible por su proximidad al oído de éste:

—¿Tú… «Gurka?».

Asintió el gigante con la cabeza vivamente, tras una pausa sorprendida. Pareció admirado de que Jim entendiera algo, y extendiendo su otra manaza hacia la pareja de terrestres, les señaló con un dedo ciclópeo, tal como Jim hiciera, y repitió:

—«Túuuu… Gurka».

Jim entendió. Si uno y otro eran «gurka»… esa palabra significaba algo común: ¡Prisionero! Ése podía ser su significado aproximado. Y confirmaría su teoría de que el coloso, a pesar de su tamaño, era tan cautivo como ellos mismos. Inconcebible, teniendo en cuenta la pequeñez de sus captores. Pero éstos eran inteligentes, crueles y malignos. AI parecer, perfectos amos y señores de Júpiter y su subsuelo…

Jim señaló a Krakow, situado entre las rodillas del coloso, y voceó:

—Él… también «Gurka…».

El gigante miró a Krakow con sus ojos amarillentos y poco vivaces. Asintió torpemente, con una mueca muy similar a la sonrisa de un humano. Jim suspiró, aliviado.

—Mara, me parece que hemos vuelto a salvarnos milagrosamente —musitó—. Este gigante es amigo… Un cautivo de los hombrecillos color violeta… No es muy inteligente, pero tampoco, es una bestia. Y me parece que tiene bondad…

En aquel momento, sucedió algo. El gigante aulló roncamente, como si de pronto experimentara un vivo dolor en las sienes. Una luz fosforescente, verdosa, iluminó la vasta gruta.

El gigante se apresuró a dejarles en tierra, y llevarse ambas manos a la cabeza, frotando sus sienes, con una contracción terrible de dolor. Se agitó bajo la luz verde, y comenzó a maullar lastimosamente, como si llorara. Sus sonidos conmovían todo el recinto, pero ahora ni Jim ni Mara, y mucho menos Krakow mostraban temor.

—¡Pobrecillo! —Llegó a decir Mara—. Parece sufrir mucho… ¿Por qué, Jim?

Dócilmente ahora, como obediente a una voluntad ajena, el coloso se incorporó. Y sin una sola mirada más a Jim y a sus amigos, emprendió la marcha por aquella nave o gruta, hacia el fondo de la misma.

Se movió, por sí solo, un enorme bloque rocoso del muro de hielo petrificado. El gigante siguió avanzando, por un pasillo siempre iluminado de claridad verdosa. Iba cabizbajo, como un autómata.

—Cielos, Jim, ¿qué le pasa a ese coloso ahora? —jadeó Krakow, atónito.

—No sé… —Jim enarcó sus cejas—. Me pregunto… me pregunto si no será algo más que un prisionero…

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mara, estremecida.

—Posiblemente sea… un esclavo. Un pobre esclavo movido por los hombrecillos de ahí arriba.

—¡Pero sería absurdo! —protestó Krakow—. ¿Cómo iba a obedecer él?

—Esa luz verde… —Jim tuvo una idea repentina—. ¡Esa luz verde debe enloquecerle, hacerle sumiso a una voluntad ajena, por alguna razón! ¡Esa luz verde lleva consigo una clase de ondas mentales de alguna especie desconocida y terrible! ¿No sentís un zumbido extraño en las sienes vosotros mismos, como yo lo experimento ahora?

—Sí, pero no me causa dolor… —observó Mara—. Es como un zumbido eléctrico…

—¡Pues tiene que causarnos dolor! —avisó Jim—. ¡Vamos, fingid que os duele mucho, aparentad que os quejáis de vivos dolores… y sigamos a ese coloso, vaya donde vaya!

—¡Jim! ¿Es eso prudente? —replicó Krakow.

—¿Qué importa ya la prudencia? Me parece que si hemos salido de todo hasta ahora, es porque tenemos más vidas que una legión de gatos. ¡En marcha, y fingid lo mejor posible el dolor y la sumisión absolutas! ¡No habléis!

Actuaron como excelentes comediantes, de tal modo que ningún observador hubiera dudado de su aparente sufrimiento y obediencia a una voluntad ajena que mandara sobre sus mentes.

Aún estaba abierta la enorme puerta que diera paso al gigante. Su figura velluda, de hombre primitivo, acaso como el prehistórico ser terrestre, avanzaba pesada, abatidamente, hacia alguna parte.

Jim, Mara y Krakow le siguieron.

Lo que para el gigante eran posiblemente pocos pasos de distancia, un breve paseo entre su celda y el lugar adonde iba, para Jim y los otros dos terrestres suponía una notable diferencia, por las proporciones tan dispares entre sí.

Sin embargo, aunque mucho más tarde, llegaron al mismo punto.

Y con infinito asombro, con un estupor rayano en la incredulidad más absoluta, se encontraron en el más fantástico e

increíble lugar de todos cuantos conocieran hasta entonces en el desconcertante planeta Júpiter…

—¡Dios mío, Jim! —aulló Krakow, sin poderse contener—. ¿Pero qué es esto?

Jim Raymond le impuso silencio con una rápida mirada. Luego, los tres cautivos terrestres contemplaron estupefactos el maravilloso prodigio que se extendía ante ellos…

* * *

La gruta, de bóveda inconmensurable, era de proporciones titánicas, algo así como si la mitad de un planeta hubiera sido vaciada por su interior, para aquella utilidad.

Una sola nave, amplísima, gigantesca, formaba la sala subterránea, de terso suelo helado y de altas estalactitas de hielo. Por ella, circulando como bestias, como seres mecánicos, ajenos a todo lo que no fuera obediencia y sumisión, contó Jim hasta treinta gigantes de aquéllos, avanzando siempre en círculo por la vastísima extensión. Uno trasladaba metal, unas largas láminas de metal centelleante, como hielo plateado. Su flexibilidad, y dureza recordaba la de las ligaduras heladas que ellos sufrieron en poder de los pigmeos violáceos.

Otro gigante entregaba ese metal a un tercero, situado ante un gran tablero, sobre el que grandes mecanismos efectuaban remaches y curvaturas del metal. Más allá, era un nuevo titán el encargado de dar forma a esas curvaturas, con una extraña semejanza al cuerpo de un ser humano. Posteriormente, y así hasta concluir el cerco de esclavos en permanente actividad, otros gigantes iban añadiendo piezas, otro construía una complicada maquinaria, con elementos que debían de ser minerales durísimos y sumamente flexibles y dúctiles al trabajo manual, completando conjuntos de piezas que pasaban al cuerpo hueco modelado antes. Unos brazos, unas piernas, todo a base de flexibles cilindros, y una cabeza monstruosa, esférica, al final, terminaban la tarea. Por último, un gigante más depositaba los raros muñecos de acero frío o cosa similar, contra un muro de hielo. Jim vio allí auténticas legiones de tales muñecos, totalmente inanimados. Todos de igual tamaño a los gigantes esclavos.

¡Pero uno de esos muñecos metálicos vigilaba el «*stock*» de «robots» similares a él!

Jim tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para no lanzar un grito de asombro. Susurró, en voz baja:

—Gigantes esclavos, seres vivos… fabrican «robots» metálicos para nuestros captores enanos. ¡Mirad!

Era cierto. Arriba, como en una especie de galería circular que rodeaba por completo la vastísima sala de trabajos, vieron miles y miles de pigmeos de color violáceo, contemplando muy afanosos la tarea de abajo. La luz verde procedía de grandes reflectores situados sobre las monstruosas cabezas deformes de los enanos.

Y los enanos empuñaban todos, sin excepción, unos curiosos y larguísimos látigos de fibras verdosas y luminiscentes. En una ocasión en que un gigante se detuvo en el trabajo, tal vez fatigado o aturdido, un millar de aquellos curiosos látigos se alzaron, cayendo desde la plataforma superior sobre el gigante. Aunque apenas le rozaron, el gigantón aulló, convulsionándose con una sacudida pavorosa, crispó el rostro con dolor y miró, aterrorizado, a los chirriantes enanos, que parecían divertidos con su acción, emitiendo sonidos similares a la risa.

Los demás gigantes miraron tristemente a su compañero y no se movió ninguno. El de la convulsión se apresuró a continuar la tarea sin más descanso.

Jim esforzaba su mente, tratando de comprender aquel cuadro absurdo y desconcertante. Colosos de fuerzas titánicas, domeñados por pigmeos que para ellos eran como simples insectos. Una luz verde que producía aturdimiento y aniquilamiento de la propia voluntad a los gigantes… mas no a ellos, los terrestres, aunque para los pigmeos parecía ser que esa diferencia no era advertida, por fortuna, momentáneamente.

Por otro lado, fabricación en masa de «robots» metálicos, de igual tamaño que los gigantes. ¿Para qué? ¿Por qué? Y aquellos látigos crueles, que sin duda producían una condensación de los efectos de aquella luz verde en los cerebros débiles y torpes de los infelices gigantes esclavos, dominándoles por el terror.

Tal vez habría allí acumulados mil o dos mil «robots». Y al ritmo que producían ellos, serían más de cincuenta o sesenta los que fabricarían por día. La existencia de minerales en forma de metal

moldeable, acaso Dios sabía de qué dureza y resistencia, por la mayor densidad, peso y volumen de Júpiter, indicaba lo que ya con las diminutas y esplendorosas ciudades del nivel subterráneo superior había advertido Jim: que los pigmeos de Júpiter eran seres sumamente inteligentes. Tanto, que se valían de gigantescos esclavos, para trabajos que ellos hubieran precisado siglos para realizar.

—Cuidado —susurró Jim en voz muy baja, casi inaudible—. Vienen pigmeos de ésos hacia nosotros. Una patrulla de cien o doscientos, todos con látigos verdes. Si os tocan y no os hacen daño, fingid que sí. Si sentís dolor, dominad la ira y obedeced. Creo que sólo sobreviviremos y tendremos una oportunidad remota de salir alguna vez de aquí, obedeciendo ciegamente… fingiendo que esa luz verde nos Afecta igual que a los gigantes, aunque, no sé por qué, no es así.

Sus dos amigos asintieron.

Mara y Krakow miraron hacia la legión de hombrecillos armados que se aproximaba a ellos. Era cierto. Todos empuñaban aquellos largos látigos fosforescentes, verdosos.

Se detuvieron frente a ellos y formaron semicírculo. Alzaron los látigos y empezaron a azotar sus rostros y manos con ellos. Jim experimentó unos calambres, muy leves. Algo así como un hormigueo a flor de piel, cada vez que el látigo le tocaba. Parecía justificado el dolor de los gigantes al ser dañadas por ellos. Sin embargo, nadie hubiera dicho que el efecto era tan leve, porque los tres se dedicaron a retorcerse, profiriendo gritos de dolor que sonaban a auténticos.

Así estuvieron durante unos segundos.

—«¡Gurkas!» —habló una voz gutural, difundida sin duda por amplificadores de alguna especie, destinados a los gigantes, por su enorme volumen de sonido—. «¡Gurkas Tamaka, Sakalo! ¡Sakalo, Gurkas!».

No dijeron nada más.

La mente rápida y astuta de Jim casi pudo traducir en el acto aquel lenguaje: «Esclavos más pequeños, trabajad. ¡Trabajad, esclavos!». Estaba seguro de que significaba algo así. Emprendió la marcha, confiando en que le seguirían Mara y Krakow dócilmente.

Así fue.

Avanzaron hacia el centro de la vasta nave. Había diversos sistemas electrónicos, por lo que Jim pudo ver. Una electrónica débil, que a los gigantes les afectaba, acaso por una extrema debilidad mental, y a ellos no, más desarrollados de cerebro. Estaba seguro que el tiempo que supieran ocultar eso a los pigmeos, sería justamente el tiempo que tendrían de vida.

¿Qué tarea les impondrían?

—«¡Kada! ¡Kada, Gurkas!». —Chilló la voz del amplificador, cuando se detuvieron ante un gran tablero, del que se apartó un gigante, sumiso, para dejar paso a los tres terrestres. El asiento del gigante descendió, y la voz ordenó de nuevo con acento perentorio:

—«¡Kada, Gurkas! ¡Kada Upa!».

¿Su significado?

«Aquí esclavos. Trabajad aquí», creyó interpretar Jim. Anotaba cuidadosamente las palabras. Luego, si había un «luego», preguntaría al gigante esclavo o a otro. Sabría lo que significaban las palabras guturales, que parecían comunes a tan dispares personajes.

Debían obedecer.

Subieron dócilmente en lo que era asiento móvil del gigante, y para ellos constituyó una plataforma que les elevó como un proyectil, hasta una altura de vértigo sobre el helado suelo. Ante ellos, en el tablero de la mesa o cosa similar, había delicadas piezas sin ensamblar de aquel frío metal flexible. Piezas que parecían corresponder a los «cerebros» de los muñecos metálicos en fabricación.

Jim comprendió.

Otra muestra de la astucia e inteligencia peligrosísimas de los enanos jupiterianos. «Saben que debemos hacer tareas más delicadas y precisas que los gigantes. Nos destinan a juntar les piezas más delicadas de los “cerebros” electrónicos de esos “robots»… Dios quiera que sepamos lo que hay que hacer aquí con todo eso…”.

Estaba preocupado por el trabajo.

Por fortuna, no fue difícil. Dócil siempre, el gigante les mostró con sus enormes dedos el mecanismo de aquel trabajo, bajo el doloroso flagelo de los látigos verdosos, No era su compañero de celda. Aquél trabajaba en otro sector, pero todos se parecían

sorprendentemente. Velludos, de faz ingenua y torpe, ojos redondos, grandes y amarillentos, y totalmente inofensivos… por ahora.

Prestaron atención a las explicaciones.

Jim, Mara y Krakow entendieron fácilmente aquella tarea. Las piezas, aunque de tamaño enorme para ellos, eran las más reducidas y manejables. Empujándolas hasta ensamblarlas o ajustarlas, no tendrían prácticamente más dificultad que el puro trabajo físico.

—Animo, Mara —susurró Jim, con una sonrisa casi inapreciable —. A luchar…, y ten fe. Se me están ocurriendo ideas, muchas ideas… Sólo necesitamos una cosa: tiempo, un poco de tiempo para llevarlas a cabo.

Ella preguntó:

—¡Tiempo! ¿Y cuánto tiempo, Jim?

Jim susurró:

—No sé. No hay prisa posiblemente… Lo importante es dominar ese lenguaje de Júpiter… y estudiar. Estudiar todo lo posible cuanto nos rodea, amigos míos…

Se interrumpió.

No explicó más, comenzando a trabajar denodadamente con un tornillo que abultaba dos veces su tamaño. Krakow se ocupó de la pieza donde había de ajustarse, y Mara tomó la más descansada tarea de ir situando otros tornillos en la banda metálica donde habían de estar situados para su ajuste.

Procuraba no desesperarse mientras trabajaba Como Jim había dicho, necesitaban tiempo…

## Capítulo VIII

### Los Tiranos


a segunda jornada les trajo una gran sorpresa.

Tras el trabajo, habían recibido unos alimentos de nauseabundo olor, en unas marmitas gigantescas, pero el apetito y la fatiga les hizo comer ávidamente. Luego se reanudó el trabajo, hasta que una especie de chirrido estridente marcó el final de la tarea, y fueron devueltos a sus celdas o alojamientos. La piedra se cerraba herméticamente al entrar ellos, y de nuevo quedaron reunidos el gigantesco esclavo y ellos tres.

Jim inició las tareas de intercambiar palabras y pedir por gestos el significado de las escuchadas en la nave. Allí, sin luz verdosa, el gigante parecía entender mejor y ser más inteligente. Las teorías de Jim Raymond se confirmaban.

La clase de lenguajes terrestre y jupiteriano fue interrumpida por

la gran sorpresa que había de depararles la jornada.

Llegó un sibilante ruido por el orificio del muro por el cual ellos habían ido a parar a la celda del coloso. Volviéronse las cabezas de todos hacia allá.

Y dos nuevos cuerpos saltaron al suelo esponjoso, vomitados por la boca circular y oscura del conducto subterráneo.

El grito de Jim al reconocer a los dos aparecidos que yacían aún en tierra, fue estridente:

—*¡Dhrak! ¡Bradford!* ¡Ustedes… gracias a Dios!

En efecto. Cuando alzaron sus atónitos rostros hacia ellos, vieron las caras familiares de Dhrak Stanton y Bradford Lowe, sus compañeros de viaje espacial.

* * *

Tras los primeros alborozos, Dhrak refirió su historia y la de Bradford. Al ocurrir el terremoto jupiteriano, habían intentado salir al exterior, pero el terrible frío lo impidió, así como la falta de equipos.

Sin embargo, poco después también se había resquebrajado el suelo debajo de ellos, siendo engullidos por el abismo, en lo que creyeron muerte cierta. Perdieron el conocimiento. Y al despertar, estaba la nave repleta de pigmeos violáceos, y ellos ligados con aquel hielo hilado que todos conocían bien.

Los pigmeos habían entrado en la nave, la examinaron con atención e interés, y parecían entender bien lo que veían, porque agitaban la cabeza, excitados. Dhrak refirió su asombro al ver cómo lograban poner en marcha el televisor, sin ayuda de nadie y por su propia iniciativa. Eran listos, muy listos…

Luego, la historia era igual a la de Jim, Mara y Krakow.

Jim refirió a su vez sus propias experiencias en el subsuelo de Júpiter, y pasó a presentarles sus teorías. Dhrak y Bradford, mientras escuchaban, y a pesar de la insistencia de Jim en referirles que el gigantón era inofensivo y amigo, miraban con aprensión la enorme faz velluda, inclinada curiosamente hacia ellos, con simpatía, y cuyo aliento cálido les llegaba como un aire desértico.

—Escuchad, amigos —decía Jim—. Precisamos entendernos con estos gigantes, tratar de conocer su lenguaje, y entonces llegar a un

acuerdo. Unir nuestras propias fuerzas, que son: nuestra inteligencia superior y su muy superior potencia física. Todo eso aunado será irresistible, incluso para esos prolíficos pigmeos inteligentes de ahí arriba. Tengo un proyecto. Sin embargo, sin el auxilio de estos colosos sería imposible ponerlo en práctica. De modo que todos hemos de cooperar con nuestro entusiasmo. Vosotros fingiréis, como nosotros mismos, esclavizaros y sufrir los efectos de la electricidad o fuerza magnética de los pigmeos. Y entretanto, trabajaremos. Callada, lentamente…, sin importarnos el tiempo que pase, si ello ha de conducir a un posible éxito en nuestro intento.

—Sí, Jim —asintió Dhrak—. Ya sabe que le obedecemos en todo. Es nuestro capitán. «Jim de Júpiter», ¿recuerda?

—Recuerdo —rió Jim—. Dios quiera que merezca realmente alguna vez ese calificativo. Seria señal de que hemos logrado dominar a este planeta asombroso…

Y, acto seguido, reanudó el intercambio de palabras con el gigantón, que escuchaba atentamente sus sonidos incomprensibles.

* * *

Resultó ser un magnifico alumno. Y también Jim, que pronto dominó la lengua sencilla, tosca y rápida de los jupiterianos. Supo cosas asombrosas cuando el gigante, que dijera llamarse Tamak, empezó a hablar un día, sabedor ya de que Jim entendía su lenguaje gutural y simple:

—Nosotros, gigantes, ser habitantes primitivos Júpiter. —Empezó Tamak lentamente, mientras mudos asentimientos de Jim mostraban su comprensión, sentado el joven terrestre sobre una de las colosales rodillas del titán—. Los «suxaw», o pigmeos tiranos, llegaron de otros mundos, más allá de lo que llamas Sistema Solar. Ellos muy inteligentes y muy crueles. Dominaron pobres habitantes Júpiter, escasos y agonizantes. Mataron miles nosotros. Quedamos solo los cautivos, para ser sus esclavos.

—Ellos son muy pequeños y débiles. ¿Cómo os dominan? —pidió Jim.

—¿No dominarte a ti? —preguntó Tamak sorprendido.

—No' —Sonrió Jim—. Fingimos ser esclavos. Látigos y luz verde no hacen daño en nosotros. ¿Qué sentís vosotros con ello?

—Dolor cabeza. Mucho dolor, zumbidos y obediencia ciega a sus órdenes. Látigos muy eléctricos, mucha angustia su golpe. Ellos fabrican «robots», tú lo sabes…

—Sí, lo sé. ¿Pero para qué los fabrican?

—Ellos piensan matarnos cuando no serles útiles. Nosotros construir sus ciudades, sus galerías subterráneas, sus medios de vida en Júpiter…, siempre esclavos de su diabólico poder. Entonces servirse de «robots», que ayudarles a conquistar otros mundos más habitables que frío y desierto Júpiter de gases venenosos, que les obliga a estar en el subsuelo…

—¿Eh? ¿Otros mundos? —Jim dio un respingo—. ¿Cómo? ¿Tienen naves para volar, para salir de Júpiter?

—Si —afirmó inesperadamente Tamak—. Enorme nave hecha por nosotros, para llevar miles «robots». Estar otra sala junto a donde trabajamos esclavos. Techo de hielo, pero quebradizo si salir disparada nave circular, forma plato, redonda…

—¡Un «platillo volante» gigantesco! —mascculló Jim, atónito—. Dios mío, es una terrible amenaza… para todos los planetas habitados.

—Sí. Ellos disponer pronto todos «robots» pensados, y enviarlos sobre planetas. Destruir hombres como tú…, ir detrás ellos, y acabar conquista mundos.

—Sí, sí, ya veo… —Jim suspiró, muy pálido—. Los «suxaw», raza superior mentalmente, pese su tamaño, planean invasión mortífera. Crueles, tiránicos y perversos. Mala gente. ¡Tamak, tú, yo y otros! ¡Matar «suxaw»!

—¿Eh? —El gigante abrió mucho sus ojos con estupor—. ¿Cómo posible? No haber medio… Yo ahora poder hablar. Luz verde encenderse… y ser autómata, esclavo…

—Eso hemos de impedir. Dos soluciones: inmunizarte luz verde, inmunizar a otros. Poco posible.

O acabar con luz verde. Más posible.

—¿Apagar tú esa luz? ¿Y látigos verdes?

—Estoy seguro de que todo es una misma cosa. Si desconecto ésa, luz verde, desconectaré también látigos. ¿Tú conoces camino hacia exterior?

—Sí. Yo conocer galerías, porque yo construirlas con hermanos míos, hombres de la Tierra.

—Escucha, Tamak. Yo hacer contigo pacto.

—¿Pacto? ¿Qué pacto?

—Yo salvarte. Yo salvar tu raza. Yo aniquilar esos seres horribles, con ayuda tuya. Entonces, vosotros… ayudarme a mí.

—¿A ti? ¿En qué?

—Venir conmigo a la Tierra en nave gigante. Destruir otro tirano que ser como los «suxaw» de nuestra propia raza. Devolver paz y justicia a mi mundo…

—Acepto —sonrió el gigantón dulcemente—. Aceptar todo lo que tú pedir, si tú sacarnos a mí y a mi pueblo de esclavitud.

—No sólo eso, Tamak. Yo enseñaros medios de vida, defensa y lucha, para no volver a ser invadidos por nadie. Vosotros ser fuertes. Si ser inteligentes, también ser invencibles. ¿Entiendes?

—Sí, entiendo, terrestre. Gracias por todo. ¿Crees poder conseguir victoria?

—Difícil, pero no imposible. Lucharemos contra los tiranos por esa victoria, Tamak. Otra pregunta aún: este aire que respiramos, ¿es el de Júpiter?

Tamak negó.

—Ellos, invasores pigmeos de lejanos mundos, traer depósitos un gas invisible ellos llamar «aire». Inyectarlo en subsuelo para vivir. Imposible exterior vida para ellos.

—¿Y vosotros? ¿No vivíais en el exterior? ¿Y también aquí, con aire?

—Ellos operar nuestro sistema respiratorio. Ser cirujanos fantásticos. Ponernos un sistema pulmonar como vuestro y de ellos. Pero nosotros poder respirar aire oxígeno y aire Júpiter indistintamente. Disponer dos sistemas, respiratorios ahora.

—Eso es magnífico —rió Jim—. Podréis ir sin miedo a la Tierra, y volver a vuestro mundo una vez resuelto aquello. Siempre, claro está, que logremos triunfar sobre esta esclavitud de ahora. En eso se cifra mi plan… Escucha, Tamak. Si un día ves que de repente se oscurecen las luces verdes, avisa a tus hermanos de raza. Y cargad sin compasión contra los pigmeos, matadles como si fueran insectos repugnantes, aplastadlos en el actor.

—Mis hermanos y yo desear eso por encima de todo —dijo el gigante, estremecido de ansiedad y de emoción ante tal posibilidad —. ¿No ser falsa esperanza?

Jim negó, sonriente:

—No. Es sólo esperanza. Falsa o verdadera, es algo que veremos pronto…

Se volvió a los demás, que de la charla con el gigante sólo habían captado frases sueltas. Ninguno tenía el dominio de Jim en aquella lengua jupiteriana.

Les refirió en lenguaje terrestre todo lo conocido por el buen ciclope. Luego comenzó a exponer sus planes:

—Veréis, amigos… Yo he creído ver el interruptor de la luz verde en esa gran sala donde trabajamos esclavizados. Está justamente en la galería superior… y para llegar a ella, sólo haría falta que uno de nosotros, refractario a los latigazos de luz verde, llegara allí…

—¿Cómo llegar? —interrogo desalentado Krakow.

—Sí, Jim —intercaló Mara—. Es imposible subir a esa galería repleta de pigmeos sin ser vistos…

—A mí se me ha ocurrido algo. Algo desesperado, pero factible… Veréis…

Siguió exponiendo su plan. Luego, mientras sus compañeros dudaban sobre el problemático éxito del arriesgado proyecto, Jim habló con rapidez a Tamak en su lengua.

El gigante asintió. Parecía grabarse la idea en su mente. Ahora todo consistía en dos cosas fundamentales:

Primera, que el coloso recordara su misión, bajo el aturdimiento mental de la luz verde, que interceptaba sus ideas y las hacía confusas, sometiéndole a una esclavitud mental mucho más cómoda que ninguna otra para los tiránicos pigmeos.

Y segunda, que los crueles «suxaw» no se dieran cuenca del plan hasta que fuera demasiado tarde para impedirlo. Era lo único que pedía Jim.

—Dios mío, Jim, ¿y quién realizará esa parte del plan? —pidió Mara.

—Cualquiera de nosotros —intervino rápidamente Dhrak, con valor.

—No, amigos —denegó sonriendo el joven—. Si me habéis llamado «Jim de Júpiter», he de hacer honor a ese nombre. Yo seré quien lo realice. Es inútil discutirlo…

Y no se discutió.

* * *

Era un día más de esclavitud. Todo normal, todo monocorde y fatigoso en la gran nave, donde se apilaban ya los «robots» en un segundo «*stock*» impresionante. El anterior había sido llevado, varios días atrás, a un almacén dispuesto por los malignos enanos, que, como de costumbre, rebosaban en la galería superior circular, tras la baranda, vigilantes, siempre a los esclavos que abajo se movían lenta, cansadamente. Treinta colosos y cinco terrestres menos grandes, pigmeos junto a los gigantes, gigantes junco a los débiles y menudos hombrecillos violáceos.

La cruda luz verde, fosforescente, caía siempre sobre ellos. Un grupo de pigmeos se mantenía ante un cuadro de mandos, con una pantalla verde, situado en la galería superior. Era aquél el punto que, subrepticiamente, había mirrado Jim al entrar aquel día en el ir abajo.

Los días de Júpiter, de solamente diez horas de duración, transcurrían rápidamente. Pero el trabajo era agotador, pese a ello. Solamente tenían el descanso breve para ingerir la bazofia alimenticia, y volver a la tarea, hasta el momento de retirarse a sus celdas a descansar.

Jim cambió una mirada con Tamak, que trabajaba sumiso, obediente y eficaz como nunca, tal vez para huir al flagelo doloroso de los látigos verdes, manejados despiadadamente por los enanos al menor signo de flaqueza o cansancio de sus trabajadores forzados.

El gigante entornó los ojos amarillos un leve instante. Era la señal de que comprendía, de que su mente luchaba contra la luz absorbente, para retener la idea fija; la idea prevista con Jim, la desesperada intentona por liberarse…

Pasaron las horas. El trabajo continuaba, tedioso. Faltaban pocos minutos ya para que la sirena indicadora de la hora de comer sonara. Jim había dicho:

—Poco antes de esa sirena… No después ni durante la comida. Cuando va a sonar la sirena, cansados de vigilar toda la mañana, los pigmeos se distraen algo más, lo he observado. Entonces, Tamak… ¡Entonces entra en acción!

Vio cómo Tamak, arreglando una cóncava coraza corporal de un «robot», dejaba caer ésta de pronto. Le miraron los pigmeos,

dispuestos a utilizar sus látigos en él. Pero Tamak se apresuró a extender las manos, apoyando una en la mesa donde trabajaban los terrestres, y recogiendo la prenda con rapidez, para seguir el trabajo.

Los enanos se abstuvieron de golpearle y la tarea continuó monótona. El tiempo pasaba velozmente añora…

De repente, hubo conmoción arriba, entre los pigmeos violáceos. Estaban mirando hacia la mesa de los terrestres, y todos se agitaron, comenzando a señalar febrilmente.

¡Habían descubierto que solamente había cuatro terrestres! ¡Había desaparecido el quinto humano, el más rubio y fuerte de todos!

Un clamor chirriante se extendió per la galería. Todas las miradas malévolas, irritadas, se fijaban en la mesa. El «robot» metálico que funcionaba solitario en la sala, bajo los mandos a distancia de los «suxaw» avanzó rápidamente hacia la mesa para averiguar lo que ocurría…

Mara, Krakow, Dhrak y Bradford se miraron entre sí, intrigados y ajenos de temor. Habían captado la ausencia de Jim Raymond. ¿Qué sucedería ahora?

Sucedió algo totalmente imprevisto por todos los pigmeos. Porque de repente Tamak se incorporó de un salto titánico, y su mano alcanzó la barandilla de la plataforma o galería circular superior…, arrojando suavemente algo hacia el cuadro de mandos de pantalla verde.

¡Ese algo era un ser humano! ¡Y el ser humano lanzado por la manaza colosal de Tamak era Jim Raymond!

Un clamor furioso se extendió entre los «suxaw». Miles de flagelos verdes cayeron sobre el osado gigante rebelde, haciéndole retorcer de dolor. Pero ya la figura elástica de Jim Raymond, al caer violentamente sobre los pigmeos del cuadro de luz verde, se lanzaba contra los pigmeos con una virulencia terrible.

Sus manos musculosas, llenas de furia, los cogieron por racimos, a cientos, estrujándoles sin piedad, aplastándolos contra los muros de hielo, sintiendo cómo crujían sus perversos cuerpecillos bajo sus botas despiadadas. Saltó por encima de más de mil de ellos, cayendo estrepitosamente sobre el cuadro de mandos, al tiempo que verdaderas columnas de miles de pigmeos corrían hacia él,

olvidándose de los esclavos y de todo lo demás.

Jim sonrió ruda, salvajemente, ya sobre el cuadro de mandos, diminuto para su figura. Estaba bien seguro ahora de la certeza de su instinto, o los pigmeos no mostrarían tanto afán por acosarle y destruirle. Los látigos le hormigueaban en la piel, y el asombro de sus enemigos era inmenso al ver que no le causaban daño alguno.

No hizo ya otra cosa Jim que lanzar atrás, de un brutal patadón a centenares de pigmeos, y luego dejar caer su mano sobre los mandos del cuadro verde. Se quebró la pantalla de luz verdosa con un chispazo centelleante, se debió provocar un cortocircuito en su mecanismo, y toda la nave quedó ahora bañada en fría luz blancuzca, procedente de sus muros helados… ¡pero ni vestigio de luz verde!

Abajo en la sala de esclavitud, se elevó la voz potente de Tamak, con su lengua gutural, violenta, que Jim entendió ahora perfectamente:

—¡Esclavos, hermanos! ¡A ellos! ¡El terrestre nos ha salvado! ¡Ha roto el sistema de luz verdosa! ¡Atacad, destruid, matad sin piedad a nuestros verdugos! ¡Por la libertad y la vida!

El clamor de los treinta titanes fue aterrador. Luego, como si el más pavoroso seísmo lo sacudiera todo, crujieron los techos y muros de hielo petrificado, bajo el impacto terrorífico de treinta colosos, treinta cíclopes en furioso ataque. Crujió la barandilla entera de la plataforma de castigo. Los látigos, inútiles y apagados, no sirvieron ya de nada sobre las carnes sensibles de los gigantes.

Manos poderosas trituraron a miles y miles de pigmeos, los aniquilaron en breves segundos, en una matanza escalofriante y vengadora, que era la justicia del oprimido contra el tirano.

Jim, por su parte, no cesaba de luchar también. Muchos pigmeos, querían acercarse al cuadro de mando, y Jim procuró arrancar conexiones, destrozar botones y resortes y dejar inutilizado el valioso sistema de control mental. Luego cargó contra los escasos pigmeos que iniciaban la fuga.

Ni uno sólo debía escapar, si se quería liberar al planeta de Júpiter de aquella plaga microscópica y feroz de otros mundos remotos. Y no escaparon.

Cuando la lucha terminó en la gruta de los esclavos, el suelo estaba alfombrado de cadáveres «suxaw», que los enormes pies de

los titanes liberados aplastaban sin compasión.

Jim saltó de la galería superior a la planta inferior. El «robot», también sin mandos, permanecía inmóvil, inútil en un rincón. Un gigante se cuidó de destrozarlo.

—¡Ahora a las galerías de acceso a la ciudad «suxaw»! —aulló Jim, agitando sus brazos, ante el estupor de los restantes cíclopes, y la sonrisa radiante de Tamak, que asintió.

—¡Vamos, hermanos! —llamó el gigante a los suyos—. ¡Ése es el terrestre salvador, nuestro amigo y libertador! ¡Todos con él a la ciudad maldita! ¡Coged a los terrestres en vuestras manos y llevémosles a la victoria que ellos mismos nos ofrecen!

Mara, Jim y los demás fueron tomados tiernamente en las manazas de su colosal ejército, y pronto una de las paredes fue hundida por el embate de uno de ellos, dejando paso libre por una ancha galería ascendente.

Por ella vieron venir, en descenso urgente, armados con lanzas diminutas y rifles microscópicos, a más de diez mil pigmeos. Otra masa se veía en la distancia, pugnando por cerrar con fibras de hielo el acceso a la ciudad de los enanos.

—¡Ese hielo es irrompible! —gritó, Jim, en lengua jupiteriana.

—¡No para nosotros! —rió el gigante—. ¡Podemos destrozarlo, si no nos cogen dormidos, como hicieron al llegar a nuestro planeta, endureciéndose luego sobre nosotros! ¡Vamos a por ellos, hermanos!

Fue una carga estremecedora, horrible. Acaso la más mortífera que Jim viera jamás. Los pigmeos caían como moscas barridas por un ciclón helado, eran machacados, triturados por los endurecidos gigantes, que pasaban sobre sus legiones, inofensivas ahora que ya no disponían de sus sistemas de control y dominio, destrozados por la audaz operación libertadora de Jim, jugándose vida y esperanzas en un solo envite.

El avance hacia la ciudad fue arrollador. Los corpachones ingentes de los auténticos jupiterianos abrieron brecha en las hilachas de hielo, y el paso quedó libre.

La penetración en la hermosa y gran ciudad de los «suxaw» fue memorable. Causaba cierto dolor ver aniquilada aquella belleza arquitectónica en tan reducida y bellísima escala. Pero no había otro remedio. Era absoluta y totalmente preciso que los pigmeos y

su feroz imperio de dominio y tiranía terminasen.

Y allí terminaron, aplastados por la virulencia de los gigantes, de Jim y de sus amigos, que también cooperaron a la destrucción de edificios, de calles y jardines, de instalaciones de todas clases, estrujadas y hechas añicos entre los dedos ciclópeos de los gigantes y los menos grandes, pero sólidos y resueltos, de Jim y sus compañeros.

Cuando la lucha terminó, horas después, ni un «suxaw» quedaba con vida. La ciudad era un vasto, microscópico cementerio, alfombrado de cuerpecillos muertos, de cadáveres diminutos y aplastados por la furia vengadora de los esclavos en libertad.

La invasión de Júpiter había terminado. El pueblo pigmeo, llegado de otros lejanos planetas, estaba virtualmente aniquilado.

Ahora, Tamak y sus hermanos de raza, escasos supervivientes de un Júpiter medio muerto, eran libres. Y dueños absolutos de su mundo y de sus destinos…

Entonces Tamak habló a Jim, tomándole en su mano gigantesca, y llevándole cerca de sus ojos:

—Tú, gran capitán, hombre de la Tierra —dijo—. Manda y obedeceremos. Todos te pertenecemos ahora, que nos has hecho libres…

—Sólo os pido un favor a cambio, como ya te dije antes, Tamak. Os pido que vengáis conmigo a la Tierra, a liberarla como nosotros hemos contribuido a liberar a Júpiter. Después, podéis volver aquí, y vivir vuestra vida, crear nuevas ciudades. Eso ya es cuestión vuestra.

—Sí, en algunos puntos lejanos del planeta habrá aún algunos supervivientes de nuestra raza, hombres y mujeres. Les buscaremos —prometió Tamak—. Nos reuniremos y liaremos una ciudad como ésa que hemos destruido a los pigmeos… pero a nuestra medida. Todo será diferente cuando volvamos de la Tierra. ¿Pero crees que podremos tripular la nave de los «suxaw»?

—Sí. Yo estudiaré sus mecanismos. Y vosotros los manejaréis, ya que estarán hechos a medida de los «robots» que pensaban enviar controlados a distancia para invadir los mundos…

—El capitán «Jim de Júpiter» todo lo prevé —sonrió Mara, mirándole con orgullo—. Ahora estoy segura de que también liberarás la Tierra. ¡Al libertador de Júpiter todo le es posible!

# CAPÍTULO IX

## «JIM DE JÚPITER»


a nave circular, el plato volante creado por el ingenio poderoso de los diminutos «suxaw» con la obra manual de sus gigantescos esclavos, era de proporciones mastodónticas.

Se hallaba en una amplia gruta de techo cristalino de hielo quebradizo. Jim estudió los mandos de la nave y sus extraños signos, ilegibles para él. Sin embargo, cosa de cinco o seis horas después, fatigado y pálido, regresó al exterior de la nave. Sobre el suelo de la pista donde aparecía el centelleante plato volador de vivo color violeta metalizado, le aguardaban sus amigos y Tamak, arrodillado con aire curioso.

—Ya está comprendido él sistema de control de esa nave —dijo, sencillamente Jim—. Ahora sólo falta fabricar cascos y trajes espaciales con los materiales que nos dejaron esos pigmeos en

condiciones de utilidad. Y también armas que puedan servir para enfrentarse a Xankoh-Tzar.

—Pero Jim, ¿será prudente volver a la Tierra? —interrogó agudamente Bradford Lowe—. ¡El dictador nos aniquilará!

—Eres muy pesimista, Lowe —rió Mara—. ¡Yo, con Jim al frente de nosotros, estoy segura de que lograremos llegar a donde se proponga!

—Gracias, Mara. —Jim la miró con ojos intensos y expresivos—. Tienes mucha fe en mí. Tal vez demasiada…

—Nunca es demasiada, tratándose de ti. Eres un verdadero héroe, Jim. Nadie hubiera sido capaz de lograr una victoria tan rápida y fantástica en este planeta. En la Tierra, vencerás al tirano… ¡y vengarás a todos los que sufrieron y sufren bajo su tiranía!

—Sí, a todos —suspiró Jim, sombrío, arrugando su ceño.

Mara no dijo nada. Sabía en lo que pensaba. Y en quién pensaba… Otra vez el fantasma de la desventurada Tania… interponiéndose entre ella y su amado Jim. El hombre que era todo lealtad, camaradería y afecto entrañable…, pero nada de amor. No amor de hombre y mujer. Eso no existía entre ellos. Empezaba a perder toda esperanza de que llegase alguna vez, a pesar de que todos decían que ella era hermosa, irresistible para los hombres…

Jim refirió al gigantesco Tamak sus propósitos de fabricar elementos para el viaje de regreso a la Tierra y la lucha frente a Xankoh-Tzar… El coloso asintió, entusiasmado.

—Sí, «Jim de Júpiter» —dijo, con sorprendente sentido del humor y agudeza que asombró a Jim—. Todos te obedecemos. Somos pocos, pero fuertes. Y es hermoso trabajar a gusto, sin látigos ni esclavitud… para un amigo.

Jim asintió, sin palabras. También era hermoso hallar amistades así, seres que sabían tener lealtad y nobleza,' que respondían a la deuda de gratitud. Hombres de Júpiter o de otro mundo, con alma y corazón, con fidelidad a una palabra.

Era hermoso, sí…

* * *

Los días transcurrían en Júpiter rápidamente.

Pero ya estaba terminada la estancia de los terrestres en su superficie helada. Dotados ya de equipos, escafandras, depósitos de aire extraído del mundo subterráneo de los pigmeos, y también de armas basadas en la luz verde, que Jim, tras laboriosos estudios y análisis, ayudado por Dhrak y por Mara, había encontrado que era altamente radiactiva, y por ello una forma de producir energía nuclear, concentrando grandes cantidades de baterías de la luz verde dentro de pistolas modeladas al efecto.

Jim entregó una a cada uno de sus compañeros de viaje, y el mismo guardó la propia en una funda metalizada que se había construido para la cintura, como todos los demás.

—Ya estamos preparados —dijo Jim a los treinta gigantes, en su lengua gutural—. Ahora, amigos míos, la energía condensada en ese disco volador, que es de una especie desconocida en la Tierra, puesto que funciona a base de un sistema reactor producido por un frío absoluto, contra el sistema termonuclear que nosotros conocemos, y cuyo frío es capaz de mover esa nave, contrarrestando la propia gravedad de Júpiter y la tremenda presión de su atmósfera, con mucha mayor facilidad incluso que un reactor a fotones, nos proyectará a los cielos, camino de nuestro propio planeta. Espero que todo termine bien, y pronto estemos en la Tierra… ¡dispuestos a aniquilar a las fuerzas maléficas del tirano Xankoh-Tzar! Entonces, Krakow, habrá llegado el momento de que usted, como aspirante a la Presidencia terrestre con toda justicia, suba al Poder y convierta nuestro mundo en un lugar de paz, hermandad y fraternidad noble y esforzada por un futuro mejor y más esplendoroso.

—Sí, Jim. Gracias —declaró emocionado Krakow—. Con la ayuda de Dios y la suya, al frente de mis futuros ejércitos, espero que eso sea posible, y nuestro amado planeta no sea un mundo cruel y digno de odios.

—En marcha, pues, amigos. —Jim señaló la nave circular—. Los gigantes se aposentarán en el compartimento colosal, destinado a los «robots». Nosotros iremos sobre los mandos, controlando la marcha de la nave aérea. ¿Todos a punto?

—Todos, Jim —declaró Bradford impulsivamente.

—Sólo esperamos tus órdenes —sonrió Mara, radiante, irguiendo su bello rostro bajo la escafandra, hacia la luz mortecina del Sol,

lejano del gran Júpiter.

—¡En marcha, pues! —gritó Jim—. ¡Adentro todos!

Entraron en la nave circular. Primero, los gigantes, que se acomodaron en la cabina gigantesca del fondo. En la anterior o de entrada, estaban los mandos, a una escala también gigantesca, para ser manejados por los colosales «robots» que la mente perversa de los «suxaw» habían creado para invadir la Tierra y otros mundos habitados y habitables.

Subiéronse a ellas Jim y sus amigos, situándose en los puntos estratégicos que Jim señaló, junto a enormes botones de diversos colores y signos que nadie entendía, excepto el propio Jim Raymond, enterado ya de su funcionamiento tras el anterior y agotador examen de sus sistemas de control y mando. Parecían ellos mismos enanos en el mundo de gigantes de otra parte de «Las aventuras de Gulliver», tras sus episodios en tierra de enanos. A Jim le divertía ahora pensar en la similitud de su grande, colosal aventura en otros mundos, con la del clásico, antiguo y entrañable amigo de los niños de la Tierra, el buen Gulliver…

—Pulsa el botón rojo, Mara, sentándote sobre él —avisó a la joven—. Usted, Dhrak, apóyese en el verde, que es el disparador de energía. Y ustedes dos, Krakow y Bradford, apóyense con toda su fuerza en la palanca azul, que cederá fácilmente. Así, al mover yo el reactor antigravitacional, ustedes darán salida al frío gaseoso que actuará de catapulta y de ariete contra la presión atmosférica, abriéndonos un auténtico camino hacia las estrellas, hacia la Tierra. Yo moveré el botón negro de rumbo, mientras Mara lo hace asimismo con el resorte violeta de los visores externos, que nos permitirán ver la ruta que seguimos a través de los cielos, en regreso a la Tierra…

Súbitamente, y cuando Jim presionó el resorte electrónico de un gran reloj controlador de los segundos, empezando a contar en sentido inverso, ocurrió algo totalmente imprento dentro de la nave. Algo que nadie sospechaba ni esperaba…

—Diez… nueve… ocho… —había empezado a contar la voz de Jim.

Y en ese preciso momento fue cuándo una voz ronca, dura, violenta, amenazó:

—¡Quietos todos! ¡Que nadie mueva un solo resorte de ese

cuadro! ¡Dispararé si lo hacéis! ¡Y tiraré a matar!

Atónitos, cuatro rostros se volvieron, sin creer lo que oían, hacia la quinta persona que hablara. Se enfrentaron con un arma nuclear, de las que el propio Jim construyera, con la luz radiactiva verde, y que les encañonaba a todos, sin la menor vacilación.

¡Era Bradford Lowe!

—Pero, Bradford, ¿se ha vuelto loco? —exclamó Krakow.

—¿Está trastornado? —Inquirió Dhrak, sin poderlo dar crédito.

—No, no está loco ni trastornado —elijo fríamente Jim—. Algo ocurre… Bradford está perfectamente normal. ¿No es cierto, Lowe?

—¡Sí, es cierto! —aulló Lowe, con sus ojos desorbitados tras las gafas azules, con un rictus de profundo odio bajo el fino bigote—. ¡No puedo dejaros volver a la Tierra, no puedo permitir que vayáis a destruir a vuestros propios hermanos, llevados de un odio feroz y loco! ¡Como si los hombres fueran igual que esos «suxaw»!

—Son igual los hombres de Xankoh-Tzar, y el propio dictador, Lowe —dijo duramente Jim, sin quitar del otro los ojos—. A no ser… que tú seas un agente de Tsar, un espía suyo…

—¡Sí, lo soy! —rugió Lowe—. ¡He venido voluntariamente con vosotros, he sido el elegido para acompañaros, para morir con vosotros si hacía falta… por mi ideal y mi fe en mi dictador y amo superior! ¡Y para evitar que volvierais, si erais capaces de vencer las dificultades impuestas!

—De modo que eres eso. Un espía suicida, un agente fanático de Xankoh-Tzar, infiltrado entre nosotros —declaró duramente Jim Raymond, sin moverse—. Admiro tu valor, Lowe. Otra cosa, sería mentir. Hace falta ser un héroe también para afrontar la muerte, sólo por vigilar a unos desterrados a perpetuidad, y para impedir que algún día vuelvan y constituyan un peligro para su política y sus jefes. ¡Pero te desprecio como a hombre, porque solamente los criminales, los seres sin conciencia ni dignidad, son capaces de unirse a un monstruo, un esclavizado y un tirano como Xankoh-Tzar! Suelta ese arma, Lowe.

—No la soltaré. Tus gigantes amigos están ahí al lado. No nos ven. No pueden ayudaros. No voy a soltar el arma. Salid, y volaré este cohete con todos los gigantes dentro… Os perdonará la vida, pero a cambio de eso. No quiero peligros para mi Gobierno en la Tierra. No quiero sino la victoria siempre para mi dictador.

¡Obedeced rápidos o disparo! Antes de que los gigantes se den cuenta de que algo anormal sucede aquí…

—No, Lowe. Suelta ese arma… o yo te la quitaré —y empezó a avanzar hacia él.

—¡No, Jim, no hagas eso! —gritó Mara desesperada—. ¡Te matará! ¡Leo la muerte en sus ojos!…

Jim no escuchó. Seguía avanzando, implacable, hacia Lowe, por entre los botones y resortes del cuadro de control. Lowe chilló:

—¡No avances, Jim! ¡No te muevas… o aprieto el gatillo!

—Ya puedes irlo haciende. ¡Voy a por ti, Lowe…, y te mataré cuando te coja!

En aquel momento, Lowe chilló de nuevo, rabiosamente, y apretó el gatillo de su mortífera arma…

Pero en ese mismo instante, una fisura rápida, fulgurante, se interpuso en la trayectoria del verde, llameante disparo…

Un grito agudo de dolor, y un cuerpo que caía…, al mismo tiempo que Jim Raymond brincando de costado desenfundaba su propia arma y apretaba el gatillo contra Lowe.

Le vio volar la cabeza convertida en líquido verde, goteante, y su cuerpo decapitado brincó por encima del cuadro de controles, derrumbándose luego al suelo espejeante del gigantesco platillo, donde quedó inmóvil, aniquilado…

El traidor había muerto.

Jim, rápido, se volvió hacia la figura caída. Un grito ronco escapó de su garganta:

—¡Mara! ¡No, Mara… tú no!

No pudo decir más.

Y se precipitó hacia ella, Mara, contra el botón rojo inmediato a Jim, se oprimía con gesto de dolor el hombro abrasado por el fuego verde. Jim se inclinó, angustiado. Ella le miró, con una dulce, hermosa sonrisa.

Murmuró:

—Jim… es maravilloso… morir por ti… por todos…

Jim rugió, desesperado:

—¡No, Mara!

Ella prosiguió, penosamente:

—Así… sigues adelante, luchando siempre… ¡siempre por el bien de la Tierra y de tus semejantes, «Jim de Júpiter»!

Jim exclamó:

—¡Mara, no puedes morir!

Mara intentó sonreír.

—Él… él ha muerto, ¿verdad? —preguntó ella, contraído de dolor el bello rostro.

Él asintió:

—Sí, ha muerto. Ahora, nada se interpone ya en nuestro viaje a la Tierra, Pero no quiero que sea a costa de tu vida… ¡No puede ser tu vida el precio! ¡No, Mara, amor mío…!

La expresión le salió del alma.

—¡Jim! —Los ojos de ella se dilataron—. ¡Jim, repite eso! No… no será compasión, ¿verdad?

—¡No, no, Mara! —gritó Sim, desgarrado, abrazándola contra sí —. ¡Ahora comprendo que te quiero, que te necesito a mi lado! ¡Y vas a vivir! ¡Vivirás, a pesar de todo… porque tú eres la única recompensa de toda mi lucha, de mi posible victoria final! ¡Tú solamente, Mara!

—¡Oh, Jim, qué feliz soy! —Buscó su rostro, ambos unieron sus labios cálidamente.

Luego, el cuerpo femenino se quedó exánime entre los musculosos brazos del hombre a quien ya todos llamaban «Jim de Júpiter»…

—¡Mara, no! ¡Mara, Dios mío! ¡No puedes morir…! —aulló Jim, desesperado, oprimiéndola contra sí con furia.

La mano de Krakow se apoyó en su hombro con energía.

Dijo, suavemente:

—No, Jim, déjela. No ha muerto… La herida radiactiva solamente desgarró sus tejidos superficiales, sin interesarle nada vital. De no estar tan trastornado con su estado, lo hubiera advertido, amigo mío… Y ella, de no temer tanto a morir, ahora que usted le ha confesado su amor, también. Creo que no tiene nada que temer.

—Krakow, ¿usted cree…? —Jim retrocedió, mirando el rostro apacible de la joven, como dormida.

—Sí, Jim. He observado que la nieve de Júpiter es anti radiactiva. Por eso debía de hacer aquel efecto tan terrible la luz radiactiva en los habitantes de Júpiter. Dhrak, vaya al exterior y traiga una bolsa de nieve jupiteriana. Creo que con eso lograremos

reducir la infección radiactiva… y cooperar a su curación.

# CONCLUSIÓN

Krakow, después de todo, tuvo razón. No era ningún torpe el que iba a regir los destinos de la Tierra. Al lado de Jim Raymond había aprendido mucho. Y ahora, cuando el propio Jim estaba demasiado cerca, demasiado dentro del suceso doloroso para obrar con cordura y serenidad, era él quien imponía serenidad y juicio.

Mara se rehacía rápidamente de su herida. La nieve de Júpiter, anti radiactiva, logró cicatrizar la herida y reducir hasta casi la nulidad total el carácter peligroso de la lesión sufrida.

Mara dormía ahora. Jim acariciaba su rostro terso. Comprendiendo que al fin y al cabo Tania ya no era sino una sombra imposible en el recuerdo, fielmente guardado durante varios años. Que la vida imponía nuevos afectos, nuevas esperanzas. Y que Mara, hermosa, sacrificada, audaz y dulce a la vez, era el gran afecto de su vida actual. Acaso sin saberlo él mismo, la que había conducido y guiado su espíritu y sus fuerzas hasta la victoria final. Esta victoria, que ahora iba a tener feliz remate en la Tierra, adonde iban a emprender viaje muy pronto, con los treinta leales gigantes a bordo, dispuestos a arrollar las defensas de Xankoh-Tzar, demasiado débiles ante un invasor de tal magnitud.

Un invasor que iba a pisar la Tierra sin afán de conquista ni de crueldad, Solamente como instrumento de justicia para llevar paz y orden al atormentado mundo tiránico de Xankoh-Tzar. Un ejército de colosos de Júpiter, de titanes de otros mundos, capitaneados por el terrestre audaz que había vencido y conquistado un planeta, el más gigantesco de todos los del Sistema Solar.

«Jim de Júpiter» iba hacia la Tierra. Como Némesis implacable, como libertador invencible de la Tierra.

Horas más tarde, Jim daba la voz a sus colaboradores:

—¡Ahora! ¡Oprimid los resortes! ¡En marcha, amigos… hacia la Tierra!

Dhrak, Krakow y él oprimieron los botones de mando. Luego otros… y el platillo volante colosal, gigantesco como jamás cruzara ninguno los cielos, partió disparado hacia las nubes densas y venenosas de la atmósfera de Júpiter.

Sus mecanismos, creados por la inteligencia poderosa de los diabólicos pigmeos de otros sistemas solares remotos, respondieron exactamente a la voluntad de sus audaces tripulantes.

Sibilante, con un aullido postrero y rompiente, que rasgó los cielos a lo largo de la espesa atmósfera jupiteriana, el disco volante surcó sus densas nubes, perforó la masa de aire irrespirable para los humanos…, y a gigantesca supervelocidad, en proporción a su enorme tamaño, avanzó hacia el negro vacío…

Un clamor acogió el impacto del plato volador en el negro cielo tachonado de lejanos astros parpadeantes. ¡Júpiter quedaba atrás! Su atmósfera se perdió en la distancia, con sus densas franjas de diversos colores.

La nave del espacio estaba ya libre, en el cielo exterior…

Jim Raymond, «Jim de Júpiter», apretó el botón de rumbo. La nave giró, en amplia curva, sobre el vacío. Enfiló hacia un lejano mundo, una esfera azulada, brumosa y familiar para los cuatro supervivientes de Júpiter.

—Estamos en camino —dijo Jim emocionado, aproximándose a Mara, que entreabrió sus ojos emocionada—. Mira, querida… ¡Volvemos a nuestro querido mundo…, y esta vez para vencer!

—Jim, mi vida… —musitó—. Entonces… ¿viviré para poderte amar durante toda mi existencia?

—¡Vivirás, Mara! —sonrió él, besando sus labios trémulos—. Y tú «Jim de Júpiter» te ofrece su futura y total victoria sobre Xankoh-Tzar y su régimen. ¡Los días de la esclavitud de la Tierra están contados, amor mío!

—¡Gracias a Dios, Jim! —susurró ella, con dos lágrimas rodando por sus mejillas—. Pero eso, con ser hermoso, no lo es tanto como saber que me amas… que me amarás siempre como yo a ti…, mi adorado «Jim de Júpiter». ¡Jim de mi alma!

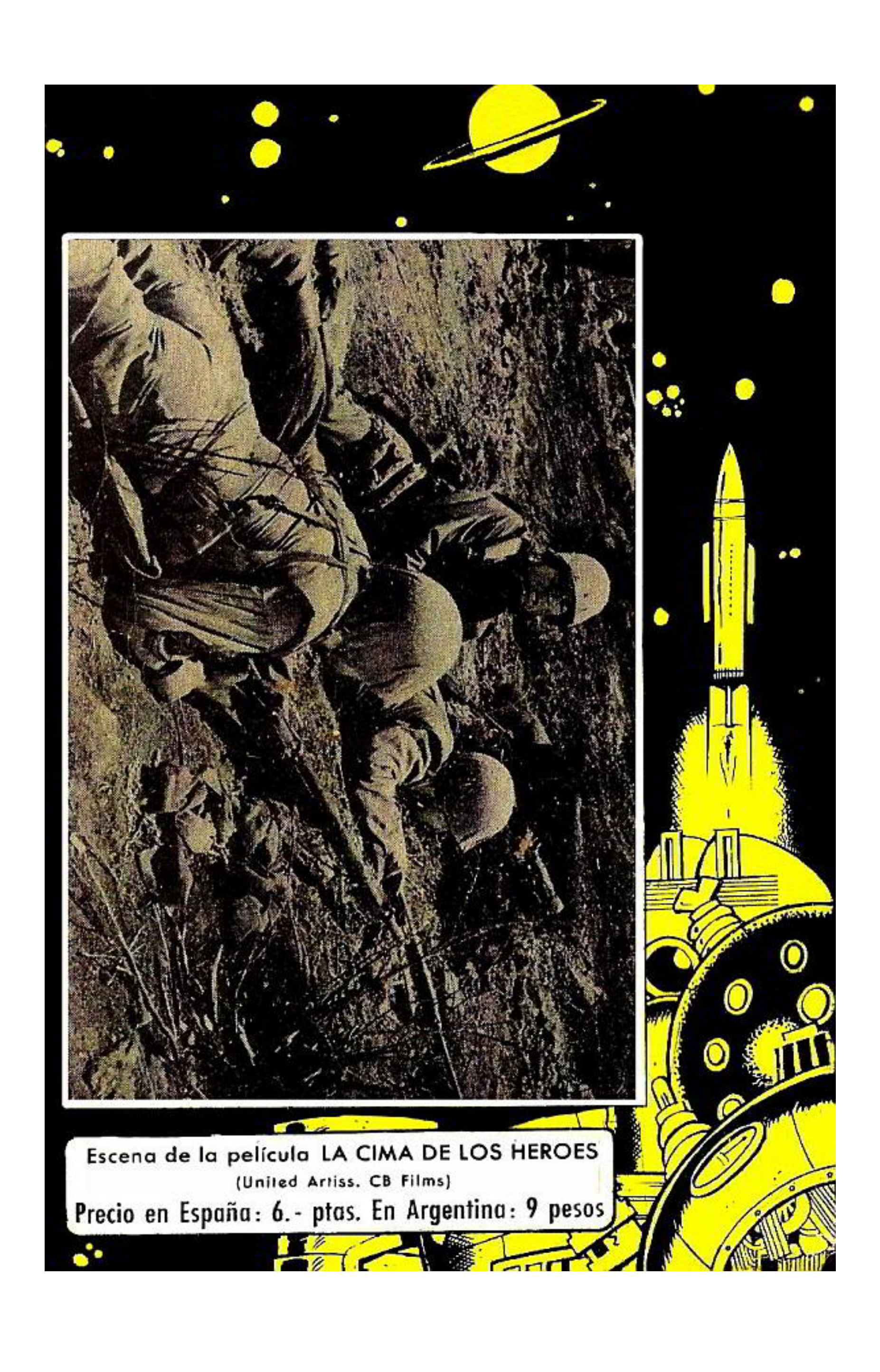
La nave, implacable, continuaba avanzando hacia la Tierra…

Como una promesa de paz, de justicia y de amor para los

hombres que habían tenido fe en todo momento, y contra todas las adversidades.

«Jim de Júpiter» y sus fuertes aliados del gran planeta distante acudían a salvar a la Tierra, como antes salvaron al mundo jupiteriano.





Escena de la película LA CIMA DE LOS HEROES
(United Artiss. CB Films)

Precio en España: 6.- ptas. En Argentina: 9 pesos



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.